BOLSILIBROS BRUGUERA
Héroes de la PRADERA

Keith Luger

EL FANTASTICO RICKY



Héroes de la PRADERA

Keith Luger

EL FANTÁSTICO RICKY

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 330
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 7891-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Leo Talking entró como un ciclón en el hotel, y el que estaba en el registro, un tipo rubio, de mejillas sonrosadas, le gritó:

—¡Eh usted, no puede entrar aquí!

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo, Eugene Bond, el gerente de este hotel…

Leo Talking bailoteó sobre un solo pie porque iba a mucha velocidad y, para lograr mantener el equilibrio, se agarró a lo primero que encontró, y resultó ser una mujer. Los dos se vinieron abajo. Ella era una pelirroja con mucho atractivo, y cuando recuperó el resuello, exclamó:

—Caramba, qué impetuoso es usted. Ni siquiera noté que me siguiese por la calle.

—Disculpa, preciosa, pero no vine por ti —repuso Leo, y se puso en pie sin ayudarla.

—Qué grosero —dijo la pelirroja, levantándose por su propio impulso.

Leo ya estaba corriendo hacia la escalera y el rubio gerente exclamó:

—¡Le prohíbo que continúe subiendo!

Leo continuó subiendo a pesar de la prohibición.

Al llegar al corredor, donde estaban las habitaciones, llamó en la primera puerta y enseguida en la de enfrente, mientras gritaba:

—¿Dónde estás, Ricky? ¿Dónde estás?…

Se abrió la primera puerta y apareció un hombre gordo con la cara llena de jabón. Se estaba afeitando y lo hacía con una cuchilla de gran envergadura.

—¿Por qué no deja de molestar?

—Perdone, amigo, pero estoy buscando a Ricky —le contestó

Leo.

—Yo no soy Ricky.

—Eso se nota.

—¿Por qué?

—Porque Ricky debe de estar con una mujer y no con una navaja.

—Prefiero la navaja. Es menos peligroso —dijo el hombre gordo, y se metió en su habitación.

Leo seguía golpeando las puertas.

—¡Ricky!… ¡Ricky!… ¡Soy tu amigo, Leo!…

Abrió una puerta porque no estaba cerrada por dentro y vio a un hombre de unos cincuenta y tantos años que estaba con una rodilla en tierra cogiéndole la mano a una rubia que estaba sentada en un sofá. El hombre decía:

—Margot, si tú me lo pides, abandonaré a mi mujer y a mis primos, y a mis tíos, y a mi abuela, y me iré contigo a California.

—Qué calor.

—A Alaska.

—Qué frío.

—Adonde tú quieras…

—¿Cuánto dinero te llevarás, Johnny?

—Todo lo que poseo.

—Qué encanto…

—Eh, abuelo —intervino Leo—, no haga eso o le denunciaré al *sheriff*.

—¡Yo soy el *sheriff*!

Leo abrió mucho los ojos al oír pronunciar aquellas palabras, que volvió a repetir—:

—¡El *sheriff*!… Abuelo, puede continuar. Es su turno.

Cerró la puerta y aporreó la siguiente:

—Ricky… ¡Ricky!… ¿Dónde estás?

—Aquí —le contestó una voz.

Se dio cuenta de que quien le había respondido no estaba en el interior de la habitación, sino a sus espaldas, en el mismo corredor Se volvió y descubrió con sorpresa a dos tipos con el revólver en la mano.

El más grandote dijo sonriendo:

—Hola, pajarito.

Era la misma voz de antes.

—Eh, usted no es Ricky.

—Qué talento tienes.

—¿Qué busca?

—A Ricky Norton, como tú.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

—Le quieren hacer un emplomado.

—Sí, señor, es lo que yo dije. Resultas un tipo muy inteligente. Abre esa puerta.

—Ricky no está aquí.

—Tiene que estar.

—¿Por qué tiene que estar?

—Porque nos informamos de que Ricky está en la habitación número nueve.

Leo miró la puerta y tragó saliva al ver que sobre ella campeaba el número nueve.

—Eh, amigos —dijo a los dos fulanos—, ¿por qué tomárselo así? Hoy es día de fiesta en el pueblo.

—¿Por qué?

—Porque es San Crispín.

—¿Qué tiene que ver San Crispín con esta ciudad, que se llama Falconville?

—San Crispín es el patrón de los mexicanos que viven en Falconville. Antiguamente, Falconville se llamaba San Crispín.

—Qué tipo más enterado… Abre esa puerta.

—¿Por qué?

—Ábrela o hay plomo para ti.

—Enseguida la abro.

—Nosotros estaremos detrás de ti… De modo que mantén la boca cerrada si no quieres acompañar a Ricky Norton al cementerio.

—Abriré la puerta.

—Eso creíamos, que la abrirías en cuanto metiésemos un poco de sentido común en tu dura cabezota…

Leo abrió la puerta.

Se encontró con un espectáculo.

Un hombre besaba a una mujer, o quizá habría que decir que la mujer besaba a un hombre, y éste no era otro que Ricky Norton, y

ella una morena digna de ser besada.

—Ricky —dijo Leo con un hilillo de voz.

Ricky ni siquiera le miró. Siguió besando a la joven y dio un manotazo en el aire, indicando que se largase.

—Ricky, que es importante… —gimió Leo.

Ricky apartó unas pulgadas sus labios de los de la morena y dijo:

—Leo, te dije que te olvidases de mí mientras estuviese en horas de faena.

—Es que han venido otros que también están de faena…

Leo ya no pudo decir más porque en ese momento recibió un empellón y los dos fulanos que le habían seguido desde el corredor entraron en la estancia.

La morena digna de ser besada vio a los dos testigos y dio un gritito.

—¡Ricky, tenemos demasiados testigos!

Ricky echó un vistazo a los testigos y dijo:

—Eh, amigos, aquí no se celebra el concurso de tiro. Es detrás del establo de Jeremías.

El más grande de los tipos con revólver soltó una carcajada.

—Sigues teniendo sentido del humor, Ricky.

—Yo lo he tenido siempre, Ralph.

—Hasta en los momentos malos, ¿eh?

—Correcto, Ralph.

—Como, por ejemplo, en éste, en que te vas a largar al infierno.

—Ralph, un día te voy a tirar de las orejas.

—No me digas.

—Quieres jugar a ser un asesino y no lo eres.

—¿No? He matado a seis personas.

—Poca cosa, teniendo en cuenta que a casi todos los mataste mientras dormían.

El llamado Ralph soltó otra risotada.

—Ricky, voy a echar de menos tus chistes.

La morena se puso en pie de un salto.

—Me voy a la cocina.

—¿A qué cocina? —preguntó Ralph.

—A la de mi casa.

—¿Por qué?

—Porque me dejé una tortilla en el fuego.

—Basta. Tú te sientas ahí o hago una tortilla contigo.

—No puedo estar sentada. El sofá está que arde…

Ricky chasqueó la lengua.

—Ralph, deberías ser más considerado con las damas. ¿Cuántas veces te he dicho que a ellas hay que tratarlas con más delicadeza?

—A callar, Ricky. Cuando quiera conocer tu opinión, te la pediré.

Leo intervino:

—Te voy a decir algo, Ralph… Mi opinión sobre el tema de los negros…

Ralph levantó el brazo armado y golpeó con el cañón en la mandíbula de Leo.

—Eso es para que te calles.

—Ralph —dijo Ricky—, ¿a qué viene esto?

—¿No lo sabes?

—No.

—Eres un caradura además de un vivo, Ricky.

—Me han dicho cosas peores. Continúa.

—Me robaste los caballos.

—No deberías decir esas cosas, Ralph. Yo recuperé los caballos que tú habías robado y los devolví a su dueño.

—A mí me importa un rábano la forma en que tú lo explicas.

—Debería importarte porque es la verdad, Ralph. Está muy mal eso de dedicarse a robar los animales que otros hombres cazan. Ellos cumplen una misión. Se ganan la vida honradamente y el trabajo que hacen es duro. Y tú llegaste con tus hombres a aquel campamento y les robaste la mercancía… Casualmente, vinieron a denunciar el caso a la oficina del marshall y yo me encontraba allí. Dijeron que darían un premio de cien dólares a quien les pudiese devolver sus caballos robados…

—Y tú dijiste que esos cien dólares sólo los ganarías tú…

—Sí, Ralph, eso me dije, y resultó cierto.

—Nos atacaste de noche. Ésa fue tu ventaja. Mis muchachos dormían.

—Resultó bueno para ti y tus chicos, porque de esta forma no tuve que matar a nadie, Ralph. El negocio fue equitativo para los dos. Tú perdiste unos caballos a los que nunca tuviste derecho y ni siquiera perdiste a uno de tus muchachos.

—Y tú hiciste el héroe.

—Esos cien dólares me vinieron bien. Estaba en la mala.

—Escupe el dinero.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Escupe los cien dólares.

Ricky esbozó una sonrisa.

—Llegas demasiado tarde, Ralph.

—No me digas que gastaste los cien dólares.

—Sólo me quedan un par de monedas de a dólar. Un cochino resto del premio.

—El *whisky*, ¿eh?

—Y las mujeres —cabeceó Ricky, y palmeó la cadera de la morena—. Tú ya sabes que soy un admirador de ellas. Son tan hermosas…

—Ya dejaste de admirarlas, Ricky… Y ahora comprendo ese apodo que te dieron. Eres el Fantástico Ricky. Nunca has tenido los pies en la tierra. Has creído que podrías robar impunemente a Ralph Barry, pero Ralph Barry te va a demostrar que ningún tipo le puede tomar el pelo y quedar con vida.

CAPÍTULO II

—Oye, Ralph, te hago una propuesta —dijo Ricky el Fantástico—. Déjame tu dirección y algún día te mandaré los cien dólares.

—¿Cuándo, por ejemplo?

—Dentro de diez años o quizá sean quince. Pero yo siempre pago.

—Oh, sí, tienes fama de eso, de que cumples los compromisos que adquieres.

—Gracias, Ralph.

—No soy yo quien lo dice, pero esta vez también vas a cumplir.

—No recuerdo haber adquirido ahora un compromiso.

—Sí, hombre, has adquirido uno. Te citaste aquí con la muerte.

—No te pongas trágico, Ralph. No hay nada peor para mí que ver a un amigo convertido en un actor de melodrama.

En la siguiente fracción de segundo, Ricky Norton dio un tremendo salto y ya estaba «sacando».

Las armas de Ralph Barry y su compañero tronaron, pero las balas no encontraron el cuerpo de Ricky, sino el tapizado del sofá.

Ricky también le dio al gatillo.

El resultado fue muy malo para Ralph y el otro tipo. Los dos cayeron despatarrados, con muchos boquetes en el pecho y en el estómago. Estaban muertos antes de tocar el suelo.

La morena dejó oír su voz:

—Zjhguytrdsl —dijo, y se desmayó.

—Eh, Ricky —dijo Leo, señalando a la joven—, ¿en qué idioma ha hablado?

—Te voy a romper la cara y así aprenderás el idioma —exclamó Ricky, yendo hacia Leo.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Me pasa que trajiste detrás de ti a estos dos fulanos. ¿Por qué? Yo te lo diré: porque te dieron un cochino dólar por el soplo.

—¡Estás equivocado! ¡No traje a nadie! Sólo vine para que me echases una mano. Te lo juro, Ricky. No me querían dejar entrar en el hotel.

La puerta se abrió y el rubio y sonrosado gerente abrió unos ojos como platos al ver los yacentes, y exclamó:

—¡Oh, no!… ¡Oh, cielos!… ¡Oh, *sheriff*!… ¡Oh! ¡Oh!…

Dio una palmada y salió corriendo de la habitación.

—Mira en qué lío me has metido, Leo —dijo Norton.

—Yo no te he metido en ningún lío, Ricky. Te bastas para meterte en ellos… Te aseguro que vine para pedirte un favor.

—¿Cuál favor?

—Me tienes que ayudar a huir de Falconville… Y ha de ser ahora mismo.

—Estoy muy ocupado.

—Ricky, es cuestión de vida o muerte.

—Estoy cansado de tus cuestiones de vida o muerte, Leo.

—Esta vez es cierto.

—Todas las veces anteriores fueron verdad y permíteme que las recuerde. Una vez huías de un acreedor a quien adeudabas cinco dólares… Otra vez huías de un *sheriff* que sólo quería que pagases una multa de dos dólares.

—Hoy no se trata de un acreedor ni de un *sheriff*… Es algo mucho peor… ¡Quieren casarme, Ricky!

—¿Qué has dicho?

—Casarme.

—¿Tú y una mujer?

—No querrás que me case con una mula…

—Tengo mis dudas. Haríais la pareja ideal.

—Ricky, por lo que más quieras. No es momento para burlas.

Ricky señaló a los dos muertos y a la morena.

—En eso estoy de acuerdo. No es el momento para burlas. Dime, ¿quién es la novia?

—¿Qué importa quién sea la novia?… ¡Lo que necesito es huir, escapar, convertirme en humo!

—Te he hecho una pregunta. Contesta.

—Virginia Woods.

—¿La hija de Douglas Woods, el ranchero?

—Sí.

—Debería felicitarte por eso. Douglas Woods es un hombre con mucho dinero… A mis brazos, Leo…

Leo retrocedió como si el mismo diablo pretendiese darle un abrazo.

—No, Ricky, no consentiré que me abraces.

—¿Por qué no? Vas a hacer un buen matrimonio.

—Ricky, ¿por qué eres tan duro conmigo? Douglas Woods tiene nueve hijos y sólo el mayor tiene derecho a continuar siendo el propietario de la hacienda, y da la casualidad de que Virginia es su último hijo, y ella no tiene derecho a nada, sólo a vivir de su hermano mayor.

—Tú también vivirás de su hermano mayor.

—Si es el precio al que debo pagar mi libertad, prefiero seguir soltero…

—¿Qué te pasó con ella?

—Nada, no me pasó nada.

—¡Fuera de aquí, Leo!

—¿Por qué?

—Porque no me gusta que un amigo me mienta.

—Te diré la verdad, Ricky.

—Eso está mucho mejor.

—Estuve en un pajar con Virginia.

—Cásate inmediatamente con ella.

—¿Por qué?

—Porque así el hijo de Virginia tendrá un padre.

—¡No pasó nada de lo que tú crees, Ricky!

—Oh, claro, tú estuviste en un pajar con Virginia y tú le contaste la historia de tu vida…

—Eso fue lo que hice.

—Cuéntasela a tu tía.

—No puedo. Está demasiado lejos… Lo que quiero decir es que te estoy diciendo una verdad como este puño. —Leo alzó el derecho.

—Es una verdad muy pequeña, Leo. Cumple con tu deber.

—Pero ¿qué hacer? ¡Ya te he dicho que no pasó nada entre Virginia y yo!

—¿Por qué no has huido por tus propios medios?

—Estaba en el establo ensillando mi caballo y tuve que salir de estampida. Aparecieron tres de los hermanos. Me hicieron dos disparos, pero ninguno de ellos me acertó… Y me deben estar buscando…

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Qué mate a toda la familia Woods para permitirte que huyas?

—Sólo quiero que digas y mantengas una cosa.

—¿El qué?

—Que yo no estuve en el pajar con Virginia porque estuve contigo.

—¿Es bonita esa Virginia?

—Yo diría que estupenda.

—Entonces nadie creería que estuviste conmigo y no con Virginia. ¿Qué clase de imbécil eres?

—Ya lo tengo, Ricky… Tú y yo estuvimos con esa morena desmayada y otra girl. Eso es… Nos corrimos una juerga. Tendrán que creernos.

—¿Qué voy a ganar a cambio de proporcionarte la coartada?

—Todo lo que tengo.

—Oh, sí, claro, todo lo que tienes. Y ahora dirás que tienes cincuenta centavos.

—Cinco dólares.

—Quiero verlos.

Leo sacó del bolsillo cinco monedas de a dólar, que Ricky arrebató de un zarpazo.

—¡Eh, Ricky, no tienes todavía derecho a cogerlos! —protestó Leo—. Te pagaré cuando este asunto haya concluido.

—Hay cierta clase de negocios que cobro por adelantado, y éste es uno de ellos…

La morena despertó de su desmayo y hasta se puso en pie, pero vio otra vez los cadáveres…

—Zjhguytrdsl —dijo, y se desmayó en el sofá.

—Eh, Ricky, ¿qué es lo que ha dicho?

—¡Y dale con eso! ¡Yo qué sé lo que ha dicho!

La puerta se abrió de golpe y el *sheriff* de Falconville, Clark Powell, entró con el revólver en la diestra.

—Todo el mundo quieto o hay balas hasta para los muertos…

Ricky se echó a reír.

—Hola, *sheriff*. ¿Qué tal le va por esos mundos con los cuatreros?

—Bastarte bien, Ricky. No me puedo quejar…

—Lo celebro.

—Gracias. Ricky. Tú siempre tan amable… ¡Maldita sea! ¿Qué infiernos estamos hablando?

—Le estaba preguntando qué tal le iba.

—¡Basta, Ricky! Siempre me has embaucado, pero no conseguirás embaucarme ahora… ¡Al infierno tú y tus pestilentes trucos!

—*Sheriff*, esto es una consecuencia lógica de las vicisitudes de la vida…

—¿Qué consecuencia? ¿Qué vicisitudes? ¿Qué vida?

—*Sheriff*, estos tipos quisieron liquidarme. Son ladrones de caballos. Usted les debe conocer. Uno es Ralph Barry… A propósito, *sheriff*, supongo que darán algo por él.

—Cien dólares.

—Escúpalos, *sheriff*.

—¿Eh?

—Que quiero los cien dólares de recompensa por haber impedido que Ralph Barry continuase sus robos de ganado.

Clark Powell hizo un gesto como si fuese a echarse a llorar.

—Tú siempre ganas, Ricky.

Norton le dio dos palmadas en la espalda.

—Anímese, *sheriff*. Esta vida se ha de tomar de trago en trago… ¿A qué hora paso por su oficina para tomar el trago, quiero decir los cien dólares?

—Dentro de media hora estaré por allí.

—Allí me tendrá entonces… Ah, y dígale a la chica cuando despierte que la veré esta noche. Se llama Cleo.

Ricky echó a andar y salió de la habitación.

Leo tardó un poco en reaccionar, pero enseguida fue disparado detrás de su amigo.

—¡Ricky! ¡No me abandones! ¡Son ellos!

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los hermanos de Virginia!

El que estaba en el centro del terceto dijo:

—Leo, date por muerto, y también se puede dar por muerto tu amigo, el de las piernas largas.

CAPÍTULO III

—En, un momento —chilló Ricky—. No tengo nada que ver con Leo.

—¿No es amigo de usted?

—Es la primera vez que lo veo.

Leo gritó, haciendo un gallo con la voz:

—¡Judas hizo su traición por treinta monedas y tú la estás haciendo por cinco dólares, Ricky!…

Norton habló por la comisura de la boca.

—Tal como están las cosas, creo que lo mejor para ti es que te cases, Leo.

—¡Antes la muerte!

—Pues ya la tienes aquí, y perdona que no te acompañe. —Ricky alzó la voz—: Muchachos, estoy de acuerdo con vosotros… Este hombre se debe casar con vuestra hermana, y cuando diga que yo estuve con él y con dos mujeres, es absolutamente falso.

—¡Miserable! —dijo Leo.

El hombre que estaba en el centro levantó el rifle y sonrió aviesamente.

—Leo Talking, ¿quieres por esposa a mi hermana Virginia Woods?

El rubio y sonrosado gerente estaba con la boca abierta y los ojos agrandados, oyendo y viendo cuanto ocurría en aquel vestíbulo.

—No me manchen de sangre mi bonito hotel —dijo, con voz de tiple ligera.

Uno de los hermanos Woods, el más pequeñajo, se volvió hacia Eugene Bond y le dijo:

—Usted, gerente, se enrolla la lengua o le voy a convertir en un

bicho muy feo.

—¡Ya tengo enrollada la lengua!…

El mayor de los hermanos Woods dijo:

—Señor Talking, estoy esperando su sagrada respuesta, pero sólo tiene una: «Sí, quiero».

En aquel momento entró una joven en el hotel y gritó:

—¡George, no dispares!

—¿Qué haces aquí, Virginia?

—Sois unos pedazos de brutos… Me imaginé algo parecido y por eso vine a deteneros.

—Virginia, ¿por qué no te has quedado en casa? —dijo el hermano mayor.

—No me ha dado la gana. Vais a cometer una injusticia.

—Todo lo contrario. Te prometí que tendrías un marido y lo vas a tener.

—George, yo no quiero un marido a la fuerza…

Ricky pegó con el codo a su amigo Leo y empezó a bajar los escalones.

Leo lo comprendió y bajó con él.

—Virginia —dijo George Woods—, lárgate de aquí.

—No me da la gana de largarme —repuso Virginia, pegando una patadita en el suelo—. Os falta saber algo importante.

—Lo único que necesitamos saber es que tú y Leo Talking estuvisteis en el pajar por una hora.

—No, George.

—¿Fue más?

—No.

—Bueno, aunque fuese media hora, este canalla tuvo bastante para…

—¡George, estás equivocado! ¡No es ése el motivo que me ha traído a este hotel!

Ricky y Leo se lanzaron al mismo tiempo sobre los tres hermanos Woods.

Tuvieron éxito de momento, ya que los cinco se derrumbaron en el suelo.

Ninguno de los hermanos Woods pudo disparar su arma, porque tanto Ricky como Leo estaban desarrollando una gran actividad pegando puñetazos a diestro y siniestro.

Leo dejó fuera de combate a uno de los hermanos y Ricky mandó también a la región de los sueños al segundo. Sólo quedaba George, que era el más grande, y Ricky se estaba entendiendo con él.

George pegó un golpe en el plexo solar de Norton, haciéndolo retroceder, y levantó el rifle para disparar, pero Ricky soltó un patadón enviando el arma hacia el techo.

George cometió un error al tratar de recuperar el arma, porque eso permitió a Ricky pegarle en el estómago y en el hígado.

Su enemigo se derrumbó, aunque, como era muy fuerte, no quedó sin sentido.

Leo dirigió un saludo a Norton.

—Sabía que podía contar contigo, Ricky.

—Y yo cuento con tus cinco dólares.

Virginia hizo oír su voz llena de risa:

—¡Ustedes dos son un par de brutos!

—Eh, Virginia, sólo hemos procedido en legítima defensa —repuso Leo—. Tus hermanos han creído que tú y yo…

En aquel momento apareció el *sheriff* en lo alto de la escalera.

—¿Qué infiernos pasa aquí? ¡Madre mía, otros muertos y son los hermanos Woods! Ricky, ¿por qué has hecho esto?

—No sea ingenuo, *sheriff*. ¿Oyó disparos?

—No.

—Entonces, ¿cómo quiere que haya matado a los hermanos Woods? Están vivos, con algún ligero desperfecto…

George se fue recuperando y soltó una terrible maldición.

—¡Me los voy a comer a los dos!

Fue a lanzarse sobre Ricky y Leo, pero Virginia se interpuso en su camino.

—George, quédate quieto.

—Apártate, hermana…

—No me apartaré.

—El honor de los Woods está en juego.

—No, no está en juego el honor de los Woods por dos razones. La primera es que entre Leo y yo no pasó nada, y la segunda, que yo no soy una Woods.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que yo no me llamo Virginia Woods, que yo no soy tu

hermana, que mis padres no fueron los mismos que los tuyos, Douglas y Laura…

—Virginia, está bien que defiendas a ese tipejo, a Leo Talking, pero vas demasiado lejos al renegar de tu familia…

—Te estoy diciendo la verdad, George.

—Apártate o juro que te estrello contra la pared.

En aquel instante entró en el hotel un hombre de unos cincuenta y cinco años. Era Douglas Woods, el padre de George y de otros siete hijos.

—George —dijo—. Virginia está diciendo la verdad. No es una Woods.

—¿No es mi hermana?

—No, George.

—Entiendo, padre. No es hija de mamá. La tuviste con otra, con una girl.

—No seas animal, George. Yo no he tenido hijos con nadie, excepto con tu madre…

—¿Entonces?

—Entonces ella ha dicho la verdad… Se la acabo de confesar.

—¿Por qué ahora?

—Porque hoy cumplió los dieciocho años y porque os tomasteis muy a pecho su cita con Leo Talking.

—¿Tú crees que no pasó nada en el pajar?

—Es lo que me dijo Virginia y yo la creo.

George se frotó la nuca.

—Padre, ¿qué lío es éste?… ¿Por qué Virginia no es nuestra hermana?

—Nos fue depositada cuando tú tenías diez años. No te diste cuenta, ya que tu madre, Laura, había ido a Kansas City por tres meses y volvió con ella. De modo que pudimos decir que era nuestra hija.

—¿Y por qué mi madre trajo una niña que no era suya?

—Porque se la entregó una amiga.

—¿Una amiga? ¿Quién?

—Greta Miljan.

—¿Quieres decir que Greta Miljan estuvo en Kansas City y que dio a luz a mi hermana, quiero decir a Virginia?

—Eso es.

—¿Qué pasó con Greta?
—Murió al nacer Virginia.
—¿Y quién es su padre?
—Un hombre que vive en la comarca del Pecos.
—¿Cómo se llama?
—Llamaba.
—¿Está muerto?
—Sí, y su nombre era James Roland y tenía un gran rancho.
—No me lo digas, padre. El rancho Roland.
—¿Qué otro podría ser?
George sonrió a la joven.
—Caramba, Virginia, resulta que has dejado de ser mi hermana y que ahora eres nada menos que la heredera de un rancho estupendo.
—Eso lo dice tu padre porque ya hay una heredera.
—Ah, entiendo, el señor Roland tenía otra hija.
—No, no tuvo ninguna otra hija. Según me ha contado tu padre, James Roland murió hace dos meses sin descendencia. Y poco después apareció una joven haciéndose pasar por mí, por Virginia, la hija de Greta Miljan.
—Oh, no, no es posible.
—Sí, George.
—Bueno, ahora se arreglarán las cosas.
—Me temo que no.
—¿Por qué?
—La falsa Virginia presentó pruebas de que ella es la auténtica hija de Greta.
—Tú también presentarás pruebas que serán más auténticas que las de esta impostora.
—No tengo ninguna. Únicamente la palabra de tu padre, y me temo mucho que eso no servirá para nada. Es a mí a quien un juez consideraría fácilmente como la falsa Virginia.
—Demonios, tienes razón.
—De todas formas, lo intentaré.
—¿Quieres decir que te vas a ir a la comarca del Pecos?
—He de ir para tratar de recuperar lo que es mío.
El ranchero Douglas Woods carraspeó.
—Le he dicho a Virginia que sería preferible siguiese con

nosotros. Después de todo, seguirá siendo mi hija más pequeña y espero que sea también vuestra hermana.

—Desde luego, padre, desde luego —dijo George.

Los otros dos hermanos Woods asintieron con cabezadas y uno de ellos, que no era muy inteligente, sonrió y dijo:

—Eh, Virginia, hasta te podrías casar con uno de nosotros…

—No lo creo, Tim. Siempre os he visto como hermanos y seguirá siendo así. Prefiero ir a Grassy Lake, que es la ciudad más cercana al condado donde se encuentra mi rancho, el que me pertenece.

La joven se acercó a Leo.

—Traté de ganar tu interés, pero no fue por el motivo que tú creíste. No estoy enamorada de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesitaba ayuda y pensé que tú podrías dármela.

—¿Para recuperar tu rancho?

—Sí.

—Entiendo, puedes necesitar a un tipo que sepa manejar el revólver si las cosas se ponen feas, y apuesto doble contra sencillo a que se pondrán feas… Lo siento, Virginia, pero hace unos días me invitó mi tía Leonor a dar una vuelta por su casa…

—Lo comprendo, Leo.

—Además, tienes a mucha gente, a tus hermanos, me refiero a los que hasta ahora fueron tus hermanos. Ellos son unos tipos estupendos y te ayudarán.

George carraspeó.

—Soy el hermano mayor y tengo mucho trabajo aquí.

Los otros dos hijos de Woods se movieron inquietos, y uno de ellos dijo:

—Somos necesarios en el rancho.

Ricky Norton dio un paso hacia Virginia.

—Nena, ¿cuánto pagas?

Ella lo miró de pies a cabeza.

—¿Quién eres tú?

—El tipo de los líos.

—No me digas más. Ricky Norton.

—Sí.

—He oído hablar de ti, y ahora no sé por qué te llaman el Fantástico.

Ricky volvió la cabeza.

—*Sheriff*, ¿quiere decirle por qué?

—Dejó en la habitación número nueve dos muertos y una desmayada.

—¿Una desmayada?

—Una girl con la que Ricky estaba pasando el rato cuando dos tipos llegaron a la habitación para asustarle las cuentas.

Norton se miró las botas con un gesto de humildad y al levantar la vista dijo:

—Bueno, lo de la girl fue incidental.

—¿Cuánto cobrarías por ayudarme, Ricky? —inquirió Virginia.

—La mitad.

—¿La mitad de qué?

—Del rancho.

—¿Te has vuelto loco?

—Lo he estado oyendo todo y no tienes nada. Tal como están las cosas, no puedes aspirar a ese rancho, ya llegué a una conclusión con respecto a esa falsa Virginia.

—¿A qué conclusión?

—A que no actúa sola. Alguien le contó la historia. ¿Quién? ¿El capataz del rancho? ¿Un juez? ¿Un *sheriff*?… No lo sabemos, pero tendré que jugarme el tipo y si muero no te cobraré nada.

—Supón que las cosas salen mal.

—Tampoco te cobraré nada.

La joven parpadeó.

—Tu propuesta me conviene.

Leo Talking exclamó:

—Será la mitad de la mitad, porque yo también voy.

—No, Leo, tú no vienes —repuso Ricky—. Tienes un compromiso con tu tía Leonor. No puedes faltar a ella. Recuerda que te quiere mucho. Eres su sobrino favorito.

Leo apretó los maxilares.

—Tú sabes que no existe ninguna tía Leonor.

Virginia se volvió hacia Leo y le soltó una bofetada en la cara.

—Eso por engañarme.

—Virginia —dijo Leo, con un gemido—, yo no sirvo para llevar las riendas de un asunto, pero si Ricky Norton se mete en tu negocio, cuenta conmigo…

Virginia se mantuvo pensativa unos instantes y por fin dijo:

—Está bien. Te aceptaré.

—Por una mitad de la mitad del rancho.

—No puedo darte eso porque entonces me quedaría yo sólo con una cuarta parte. Menudos socios. En cuanto aparezca otro, os quedáis con todo el rancho entre los tres y entonces, ¿para qué infiernos iba a ir yo a la comarca del Pecos?… Bueno, es fácil arreglarlo. Te daré la mitad de la mitad de Ricky.

—Ni hablar —saltó Norton—. Mi mitad no la toca nadie.

—Hombre, no seas así, Ricky —contestó Leo—. ¿Quién te metió en este lío?

—Yo me metí.

—¡Eso no es justo! Yo vine aquí en tu busca para que me ayudases en el asunto del pajar…

Virginia intervino:

—Creo que estáis discutiendo tontamente Tú mismo lo dijiste, Ricky: yo no tengo nada y te estoy ofreciendo a ti la mitad de nada. ¿Por qué no le prometes tú también a Leo la mitad de la mitad de nada?…

Ricky puso una mano en el hombro de Leo.

—Cuenta con la mitad de nada.

Leo arrugó el ceño.

—Tengo la sensación de que estoy haciendo el peor negocio de mi vida. Ella no tiene nada y la estamos haciendo trozos como si fuese una tarta.

—Muchachos —dijo Virginia—, quiero emprender el viaje inmediatamente.

—Estoy preparado —repuso Leo.

—Yo también —asintió Ricky.

En aquel momento apareció la desmayada Cleo.

—¡Ricky! ¡Ricky!… ¿Por qué me has abandonado?

Virginia enarcó las cejas al ver a la bella joven, que corrió como una flecha hacia Norton, y, a pesar de que había mucha gente delante, se arrojó en sus brazos.

—Cariño, he de partir —dijo Norton, con acento melodramático.

—¿Adónde?

—A la guerra.

—¿Cuándo estalló?

—Hace poco, pero yo acabaré con ella y volveré a tu lado cubierto de medallas.

—¡Mi fantástico Ricky! —dijo Cleo, y lo besó en la boca.

Virginia cruzo los brazos mientras observaba la escena.

—En, Ricky, ¿cuándo vas a terminar?

Fue Cleo quien interrumpió el beso y señaló a Virginia con un movimiento de cabeza.

—¿Quién es ella, Ricky?

—Mi nuevo patrón.

—¿Sí, eh? Con que te vas…

—Ya sabes, el deber me llama…

—Menuda guerra vas a sostener con la fulana de las piernas largas.

Virginia saltó:

—Eh, cuidado con lo que dice… Yo soy una señorita…

—Usted será todo lo señorita que quiera, pero no me lo toque.

—¿A quién no tengo que tocar?

—¿A quién va a ser? A Ricky.

—Para usted para siempre.

—Eso lo dicen todas y luego no pueden vivir sin él.

—Yo puedo vivir perfectamente sin Ricky Norton.

—Espero que sea cierto. —Cleo miró otra vez a Ricky—. Querido, voy a pensar mucho en ti.

—Yo también —dijo Norton, y unió su boca a la de ella.

Todas las personas que se encontraban en el *hall* del hotel estaban mirando a Cleo y a Ricky.

Virginia fue hacia la puerta, y al llegar allí se detuvo y gritó:

—Si vais a ser mis socios, será mejor que me sigáis o contrato a otros. ¡Basta de besuqueos, Ricky Norton!…

Ricky se apartó de Cleo.

—Adiós, querida. —Fue detrás de Virginia.

Leo se plantó delante de Cleo y dijo:

—Yo también parto.

Antes de que Cleo se pudiese dar cuenta, Leo la abarcó por la cintura y la besó en la boca.

—Eh, tipo fresco —dijo Cleo, y le soltó una bofetada.

Leo se acercó tambaleando a la puerta mientras murmuraba:

—¿Por qué Ricky Norton ha nacido con tanta suerte?

CAPÍTULO IV

El telegrama había llegado de Falconville y decía así:

> «Una joven que supuestamente es Virginia Roland se dirige hacia ese lugar acompañada por Ricky Norton, más conocido por el Fantástico Ricky, y por Leo Talking.
>
> Saludos.
>
> Smith».

—¿Qué te parece, juez Butler?

—Va a ser muy divertido, Maude.

—Cuidado, juez. No me llames Maude. Mi nombre es Virginia Roland.

—Oh, sí, perdona. Lo olvidé.

—Pues ya deberías haberte acostumbrado.

El juez Charles Butler se inclinó sobre Maude y la besó en los labios.

—Me gusta más esta costumbre, Virginia —sonrió él, la cara muy junto a la de ella después del beso.

Maude era una joven con un gran atractivo, seductora, bellísima, de cabello rubio y ojos muy grandes, verdes.

—Virginia, será mejor que lo prepares todo para nuestra boda.

—¿Tan pronto? Hace tan sólo dos meses que llegué aquí.

—A nadie puede extrañar que yo me haya enamorado de ti. Al fin y al cabo, ya hay unos cuantos hombres que gustosamente te pedirían en matrimonio.

—¡Ah, sí! Y ¿quiénes son?

—Dos rancheros de pacotilla. Barry Collyer y Harry Maynard.

—Harry Maynard no está nada mal —dijo Maude, con coquetería—. Es un buen mozo y podría ser un buen marido.

—Cuidado, Virginia.

—¿Celoso, juez?

—Sí, pero hay algo más. Recuerda que estás aquí por mí. Yo fui quien te traje y quien preparó las pruebas para hacerte pasar por la hija de James Roland. Sin mí, continuarías trabajando en aquella compañía de actores de mala muerte…

Maude replicó ofendida:

—Mis compañeros podían ser actores de mala muerte, pero yo era una gran actriz.

—Cariño, ahora no estás actuando, y podemos hablar con claridad. Arriba, en el escenario, eras sensacional como mujer. Valía la pena ver cómo te movías de un lado a otro, pero en cuanto abrías la boca lo estropeabas. Por eso te dije que habrías alcanzado el mayor éxito de todos los tiempos haciendo el papel de una sordomuda.

—Charles, te voy a arrancar los ojos.

Maude intentó pegarle un zarpazo, pero el juez la atrapó por la muñeca y la besó otra vez en la boca. Al apartarse, de nuevo rió.

—Nena, eres una gata salvaje. Y por eso quizá me gustaste y te elegí cuando fui a Kansas City por encargo de James Roland. El bueno de Roland, sintiéndose morir, me abrió su pecho y me contó su secreto. Mientras estuvo con Martha Evans, mantuvo relaciones íntimas con la doncella de su mujer, Greta Miljan… El pobre Roland no supo hacer frente a las circunstancias, aunque debo decir que Martha era un verdadero diablo. Lo cierto es que Martha se enteró de lo que había entre su esposo y Greta y le pidió que la despidiese inmediatamente.

—Ya sé la mayor parte de esa historia. ¿Por qué me la repites?

—En primer lugar, puede haber detalles que olvidé antes, y en segundo lugar es preciso que la repita para que te la metas en la cabeza.

—Está bien. Continúa.

—No, prefiero que continúes tú. Así comprobaré que te la sabes.

Maude dio un suspiro y dijo:

—Greta se marchó del rancho encinta, pero no se lo dijo a James Roland. Llegó a Kansas City y se empleó en un restaurante. Las consecuencias de sus relaciones con Roland se iban haciendo cada vez más patentes y un día se decidió a escribir a James y le dijo lo que pasaba. Pero la carta fue interceptada por Martha, aquel diablo que James Roland tenía como esposa, y la rompió… ¿Voy bien?

—Hasta ahora es perfecto.

—Greta Mujan, al no recibir respuesta de James Roland, se sintió pobre y desvalida. Se aproximaba el momento de tener el hijo y entonces surgió el destino Se encontró con una antigua amiga, Laura Woods, casada con un rico ranchero de Falconville. La señora Woods había ido a Kansas City para ser tratada de una enfermedad del estómago. Greta contó su tragedia a la señora Woods y fue lo mejor que le pudo ocurrir. Murió al dar a luz a una hija y la señora Woods se encargó del bebé y se lo llevó a su rancho de Falconville. Allí la presentó como su hija, aprovechando su ausencia de tres meses. Naturalmente, lo hizo en combinación con su marido, el cual no tuvo inconveniente en pasar por padre de ella, porque tenía muchos hijos, pero ninguna hija… Y, según tus últimas noticias, la chica continuaba allí como tal hija de Douglas Woods y por eso se llama Virginia Woods…

—Magnífico, muñeca.

—¿Te atreves a decir que soy una mala actriz? ¿Ves cómo me aprendí de memoria la historia que me contaste?

—Contéstame a una pregunta. ¿Qué pruebas hay de que Virginia Woods es la auténtica hija de James Roland?

—Ninguna.

—¿Por qué?

—Porque te encargaste de falsificar unas pruebas y da la casualidad de que tú eras el mismo que las tenías que considerar o rechazar por haber sido nombrado albacea testamentario por James Roland.

—Correcta la respuesta. Mereces un premio —dijo el juez, y besó los rojos labios entreabiertos de su cómplice.

—Querida —dijo Charles Butler—, ¿cómo se enteró James Roland de la existencia de su hija?

—Su esposa Martha, el diablo, se sintió ángel cuando estaba muriendo y se lo contó.

—Fue una suerte para nosotros que el doctor Harlow, el hombre que asistió a Greta, fuese una persona fácil de convencer. Con mil dólares estuvo dispuesto a testificar que tú eras la hija de James Roland.

—Pero ahora surge la verdadera Virginia Roland.

—¿Qué puede hacer ella contra ti, nena? Ten en cuenta que yo soy el juez. Ella vendrá a mi despacho alegando razones, pero sólo serán palabras huecas.

—¿Y por qué Virginia Woods ha sabido que es Virginia Roland?

—Es la mar de sencillo. Ten en cuenta que hubo dos personas que saben la verdad. Sus supuestos padres. Uno de ellos se ha ido de la lengua porque probablemente se ha informado de algún modo de la muerte de James Roland.

—Entonces todo lo tenemos a nuestro favor.

—Absolutamente todo, querida.

—¿Has tenido en cuenta los dos hombres que acompañan a Virginia?

—Sí, y uno de ellos es peligroso.

—¿Quién?

—El Fantástico Ricky.

—¿Ese Ricky Norton?

—Sí.

—¿Y por qué es peligroso?

—Tengo referencias de él. Sabe manejar los puños y el revólver.

—¿Y cómo está de sesos?

—Inteligente.

—¡Demonios!, lo reúne todo. Sólo me falta saber que es guapo.

—Nena, ¿otra vez?

—Era un chiste.

—Pues olvida esa clase de chistes. No me gustan.

—Está bien, Charles. Volvamos al grano… Quiero hacerte una sugerencia. ¿Por qué no liquidar a ese tipo tan inteligente que sabe manejar los puños y el revólver?

—No quiero que se derrame sangre en este asunto, al menos de momento. Tenemos la ley a nuestro favor y todo está probado y resuelto. Yo diría que Virginia Woods llega demasiado tarde para que sea reconocida como Virginia Roland. El puesto ya está ocupado.

—Oh, sí, por mi personita —dijo la rubia, y respiró profundamente.

El juez Butler admiró la belleza y hermosura de la joven en su plenitud y la besó de nuevo en la boca.

En un momento determinado, se separó de ella y dijo:

—Me voy.

—Creí que te quedarías un rato más. ¿O no he sido lo suficiente persuasiva?

Charles sonrió con pesar.

—Creo que eres mucho más demonio que Martha Roland, pero tengo que disponer las cosas para que Virginia Woods se marche cuanto antes y deje de molestarnos… Te veré mañana, querida.

—Buena suerte, juez.

Charles Butler salió de la estancia.

La joven esperó unos segundos y abrió una puerta.

Un hombre entró en la estancia. Era alto, fuerte, bien constituido y en sus ojos llameaba la furia.

—Debería estrangularte, Maude.

—¿Por qué, querido?

—Por lo que acabas de hacer ante mis ojos… Estuve mirando por la cerradura.

—Entonces lo viste con un solo ojo y no con los dos.

—Me bastó —dijo él, y, avanzando firmemente hacia ella, le soltó una tremenda bofetada.

Maude se tambaleó y habría caído de no haber encontrado un sillón a sus espaldas. Sin embargo, no estaba ofendida y sonrió:

—Mi adorable Clive es un bruto.

—¿Qué plan te traes entre manos, Maude? Dices que me quieres, que estás loca por mí, y luego viene el juez y te dejas besuquear por él.

—Eres maravilloso, Clive, pero también eres estúpido. ¿No te das cuenta de que he de seguirle el juego?

—Ya eres la dueña del rancho y él no nos hace falta para nada.

—No hay que precipitarse. Ya lo has visto. Si hubiese aprobado tu idea, el juez ya estaría muerto. ¿No has oído que se dirige hacia aquí la verdadera Virginia Roland? Eso significa que todavía necesitamos al juez.

—No hace falta el juez para acabar con la chica y con los dos

fulanos que trae. —Clive se golpeó la culata—. Yo me basto. Hay dos hombres en el pueblo que están esperando mis órdenes.

—Cariño, el juez ignora las relaciones que existen entre tú y yo. Ni siquiera sabe que nos conocimos en Kansas City… Charles nunca te vio y por eso te pudiste presentar aquí como un vaquero en busca de trabajo.

—Ya estoy cansado de trabajar como vaquero.

Maude se acercó a Clive y, sonriéndole, le puso la mano en el hoyito que él tenía en el centro del mentón.

—Eres un bobo injusto, Clive. Tú no eres sólo un vaquero. Apuesto a que todos los *cowboys* de este rancho quisieran estar en tu lugar.

—Tenemos que citarnos clandestinamente.

—¿No es bastante? Nos vemos todos los días y yo diría que mi lindo vaquero lo pasa muy bien en esos momentos.

—Quiero ser tu marido.

—Resulta encantador oír a tanta gente decir lo mismo.

—Sí, ya escuché al juez y fue el momento en que estuve a punto de salir para retorcerle el pescuezo.

—Habrías cometido una insensatez.

—Por eso me detuve.

—Tú sabes que el juez nunca se casará conmigo. El puesto de mi esposo está destinado únicamente para ti, porque eres el hombre a quien entregué mi corazón.

—Sólo falta que le pongas música.

—Caramba, no es mala idea.

Clive levantó la mano y atrapó el cuello de la joven.

—Nena, me estás cansando con tus sarcasmos.

—En cambio tú no me cansas con tus burradas, vaquero tonto.

Transcurrieron unos segundos y Clive terminó por sucumbir a la sonrisa y a la mirada que Maude le dirigía. La besó en los labios.

—Ahora vete, cariño —dijo Maude—. De un momento a otro llegará el capataz y no quiero que te vea aquí. Ya sabes, a las seis en donde siempre.

—Quiero estar ahora a tu lado.

—No seas chiquillo. Falta poco para las seis.

—Está bien. Ya me voy. Además, tienes razón. Me espera trabajo.

Clive salió de la estancia. Ensilló enseguida su caballo y, sin pedir permiso a nadie, se encaminó hacia el pueblo. El trabajo que iba a realizar no tenía nada que ver con el rancho, sino con los dos fulanos que lo estaban esperando en Grassy Lake.

CAPÍTULO V

Leo Talking silbaba una canción. Su título era: *Algún día jugaremos tú y yo sobre el verde prado, como cuando éramos niños, Helen*. Y cuando llegaba al estribillo lo cantaba:

No me pongas las manos encima, Peter, que ya soy una mujer… que ya soy una mujer…

Virginia y Ricky cabalgaban detrás, uno junto al otro.

—Estoy pensando en que me excedí contigo, Ricky —dijo la muchacha.

—¿A qué te refieres?

—Al rancho. No mereces tener la mitad.

—¿Por qué no?

—Porque en cuanto llegue serán reconocidos mis derechos.

—Lo pactado es lo pactado.

—Pero no lo firmamos.

Ricky tiró de las bridas y Virginia también detuvo su caballo.

—¿Es que te vas a volver atrás, Virginia?

—Ya te he dicho que es demasiado la mitad del rancho por resolver una cosa que está tan clara.

En aquel momento sonó un estampido y la bala silbó entre Virginia y Ricky.

—¡Salta al suelo! —gritó Ricky cuando él ya iba por el aire.

Pero Virginia no pudo saltar por la sencilla razón de que el caballo se le encabritó. Quizá eso le salvó de la muerte, porque en ese momento hicieron otro disparo y la bala fue descaradamente en su busca, porque la oyó pasar muy cerca de su cabeza.

Ricky ya estaba de bruces en la hierba, con el revólver en la mano.

Disparaban desde unas rocas, a unos treinta metros, como lo

pregonaban las nubecillas de humo que subían al cielo.

Miró delante y no vio rastro de Leo.

—Maldito cobarde —murmuró.

Vio a Virginia que seguía tratando de dominar su caballo.

—¡Salta de ahí!

—No puedo.

Ricky se puso a disparar contra las rocas. Sabía que sus balas no darían en ningún blanco, pero impediría que el que estaba o los que estaban allí hiciesen uso de las armas contra la muchacha.

Vio aparecer un tipo que se echaba el rifle a la cara y apretó el gatillo dos veces.

Con el primer disparo logró su objetivo. Morder carne.

El sujeto dio un aullido y desapareció.

¿Sería un tipo en solitario y habría pasado el peligro?

Virginia logró saltar del caballo y fue a parar junto a Ricky.

—¿Cuántos son?

—No lo sé.

—Deben ser bandidos, Ricky.

—¿De veras?

—Salteadores que quieren robarnos el dinero y los caballos.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres la presunta heredera de un rancho, y da la casualidad de que una mujer ya tomó posesión de la hacienda…

—Pero ellos no lo saben.

—¿Quién te ha dicho que no lo saben? Hay un telégrafo, pequeña, y las noticias corren por él muy aprisa. ¿Cuántos nos enteramos de tu asunto en el hotel? Éramos un montón de gente. Sólo faltó que el señor Douglas Woods vocease el secreto en la calle Principal o en el saloon Golden.

—Ya sé por qué citas el saloon Golden. Es por ella.

—¿Por quién?

—Por Cleo. Sé que trabaja allí. Estás loco por ella. Confiésalo.

—Claro que estoy loco por Cleo. ¿Qué mal hay en ello? Es una mujer bonita y da la casualidad de que a mí me gustan las mujeres bonitas. ¿Asunto concluido?

—¡Vete al infierno!

En aquel momento sonó otro disparo y la bala golpeó contra una

roca, delante de ellos, y salió rebotada.

—Al infierno nos vamos a ir todos si nos descuidamos —dijo Ricky—. A propósito, ¿qué hay de nuestro pacto? Ya sabes, tengo derecho a la mitad del rancho. ¿O no tengo derecho?

—Chantajista.

—Todavía no he oído tu respuesta.

—De acuerdo. Tienes la mitad.

—Eso imaginaba —sonrió Ricky.

—Ocúpate de ésos —dijo Virginia—, o ninguno de los dos verá el rancho.

—Creo que sólo queda uno.

Se oyó otro estampido, pero no procedía de la roca, sino de más arriba, y los dos vieron a Leo de pie sobre una piedra.

—¡Lo alcancé, muchachos! ¡Está listo! —gritó.

—¿Hay alguien más? —preguntó Ricky.

—¡No! Sólo eran dos.

Leo saltó de roca en roca y se reunió con él.

—Hicimos una buena caza, Ricky.

—Creí que te habrías escapado.

—¿Por qué piensas eso de mí?

—Porque te he visto haciendo el ratón demasiadas veces.

—Ricky, no tienes derecho a decirme eso.

—Muy bien. Lo retiro.

—Así está mejor… Eh, Ricky, ¿no tengo derecho a una parte de ese dinero?

Ricky le entregó siete dólares.

—Cogiste quince —rezongó Leo.

Norton le entregó cincuenta centavos más.

—¿Ya estás satisfecho, Leo?

—Sólo falta que me digas qué eran estos tipos.

—Según Virginia, salteadores.

—Pero tú no lo crees.

—No, no lo creo.

—Madre mía, eso quiere decir que saben que venimos.

—Ésa es mi opinión.

—Si nos han dado este recibimiento aquí, ¿cuál será el de más tarde?… ¿Sabes una cosa? Será mejor que nos larguemos.

—¿Por dónde?

—¿Por dónde va a ser? Por donde vinimos…

—¿Es ése tu valor?

—Te autorizo a que me llames ratón, pero larguémonos.

—Lárgate tú si quieres, Leo. Yo continuaré.

—Me da la impresión de que te vas a suicidar.

—Quizá valga la pena.

—¿Por la chica?

—Ya tengo chica.

—Entiendo, lo haces por el rancho.

—Sí, Leo, me he pasado toda la vida queriendo sentar la cabeza, y muchas personas me lo recomendaron, especialmente los representantes de la ley. Ya no soy un chiquillo y ha llegado el momento de que piense con seriedad en mi futuro. Ésta es la oportunidad de convertirme en un propietario y no quiero desaprovecharla… Hasta la vista.

Ricky echó a andar y se reunió con Virginia, que no había querido ver los cadáveres.

—¿Sacaste algo en claro con respecto a esos tipos, Ricky?

—No.

—Entonces eran lo que yo dije. Ladrones.

—Sigue con tu idea…

—¿Y Leo?

—Se larga.

—¿Adónde?

—No lo sé. Ha renunciado.

Sin embargo, Leo Talking llegó corriendo junto a ellos.

—Bien, chicos, ¿estamos ya listos para seguir?

Ricky lo miró con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de que quieres seguir?

—¿Quién ha dicho otra cosa? —dijo Talking, y se marchó en busca de su caballo, mientras seguía cantando su estribillo:

No me pongas las manos encima, Peter, que soy una mujer… que soy una mujer…

CAPÍTULO VI

El marshall de Grassy Lake respondía al nombre de Tom Arllis y frisaba los cincuenta años. Tenía la nariz un poco torcida, quizá por efecto de un puñetazo.

Virginia entró en la comisaría acompañada por Ricky Norton y Leo Talking.

—¿En qué les puedo ser útil, forasteros? —preguntó el marshall Arllis.

—Creo que en mucho —le replicó Ricky.

—Usted dirá.

—Soy Ricky Norton.

—No me diga que es el Fantástico Ricky.

—En persona.

El marshall se puso en pie de un salto.

—Oiga, si piensa organizar aquí una de las gordas, ya puede estar saliendo.

—De modo que me conoce…

—Más de lo que usted cree.

—¿Y quién le informó de mí, marshall?

—Tres colegas. El de Álamo Verde, el de Costanilla y el de Campanitos…

—Tres buenos amigos.

—¿De veras?

—Quiero mucho a esos tres colegas suyos.

—Si usted espera a que me crea eso, llámeme Lola a partir de ahora.

—Escúcheme, Lola.

—¡Eh, Ricky, no le consiento que me cambie el sexo!

—Pero usted dijo que lo llamase así.

—Olvídelo. ¿Qué infiernos quiere?

—Vengo en son de paz, marshall.

—Eso está bien.

—Quiero presentarle a mis amigos. Él es Leo Talking.

—Encantado, marshall —dijo Leo—. ¿Qué tal la familia?

—No hay familia.

—¿Cómo está su ama de llaves?

—Muy bien.

—¿Algún hijo?

—Señor Talking, con respecto a usted no he oído nada, pero su forma de proceder me parece un poco sospechosa. ¿Es un discípulo de Ricky Norton?

—Oh, no, de ninguna manera. Somos dos personas independientes y ahora sólo estamos juntos por un juego del azar… Procedo de buena familia.

Arllis sacudió la cabeza y gruñó:

—Ricky, todavía no me ha dicho el objeto de su visita.

—Tiene que ver con la joven que está aquí… Se la presentaré, marshall… Ella es Virginia Roland.

—Tanto gusto, señorita Roland —dijo el marshall, y alargó su mano, pero la retiró como un rayo—. ¿Qué nombre ha dicho, Ricky?

—Virginia Roland.

—Debí suponerlo.

—¿Qué cosa, marshall?

—Que sería una de las suyas.

—No, marshall, no es una de las mías. Le aseguro que no soy el padre de Virginia, y por si le sirve de algo, no tengo ninguna hija por esos mundos y tampoco hijos varones.

—¡Basta!

—Muy bien, marshall. Empezaremos de nuevo…

—¡Nada de empezar! ¡Ya terminamos!

—¿Qué quiere decir?

—Que salgan de aquí y se larguen.

—¿Se refiere a su comisaría?

—Me refiero al pueblo.

—¿Y por qué tenemos que largarnos, marshall?

—Porque llegan demasiado tarde. La verdadera Virginia Roland

tomó posesión de su rancho.

Ricky fue a protestar, pero Virginia saltó:

—Ella es una farsante, marshall.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Esa mujer está ocupando un puesto que no le pertenece, por la sencilla razón de que la auténtica, la genuina Virginia Roland, es la mujer que tiene usted ahora delante de sus ojos. ¡Yo!

Arllis se quedó con la boca abierta y Ricky aprovechó aquel instante para decir:

—Marshal, es el momento para que pida disculpas a la señorita Roland.

—Perdone, señorita… ¿Qué infiernos? ¡No puedo excusarme!

—¿Tanto le cuesta admitir que se ha equivocado?

—¡No me líe, Ricky! ¡No me líe!… ¡No puedo reconocer a esta chica como Virginia Roland!

—Es una decisión lamentable por su parte, marshall. Se lo aseguro.

—Óiganme todos… ¡Soy el marshall!

—Encantado, marshall —dijo Leo—. ¿Cómo le va la familia?… Oh, disculpe, ya me dijo que no había familia, ni hijos con el ama de llaves.

—¡Tengo ama de llaves y nada más! Y será mejor que cierre el pico, Talking.

—Como usted mande, jefe.

Arllis llevó aire a los pulmones y exclamó:

—¡Decía que soy el marshall y no tengo nada que ver con su condenado asunto! Vinieron a una dirección equivocada.

—Se supone que es usted quien debe hacer respetar la ley —dijo Ricky.

—¿Y qué?

—La ley ha sido burlada. Usted tiene la obligación de desenmascarar a la impostora y al que la ayudó…

—No hacen ustedes más que interrumpirme. Les decía que yo soy una autoridad ejecutiva, y en este caso concreto ha habido una autoridad decisoria.

—¿Quién?

—El juez Charles Butler, el albacea testamentario de James

Roland. Fue él quien se ocupó de lo relacionado con Virginia Roland. Diríjanse a él.

—¿Dónde vive?

—Cuatro casas más abajo. La pintada de azul.

—Gracias, marshall. Visitaremos al juez Butler.

—Un momento, Ricky.

—Diga, marshall.

—Si va a utilizar el revólver para lograr sus fines, se equivocará de todas, todas…

—Marshal, eso me recuerda que se me olvidó darle una noticia… En el camino, a unas cinco millas de la ciudad, hacia el Este, en un lugar donde hay unas rocas, encontrará dos cadáveres.

—¿Dos qué?

—Muertos, fiambres…

—¡No, no puede ser!

—Nos estaban esperando para liquidarnos… La señorita Roland, aquí presente, pensó que se trataba de dos ladrones.

—Aquí no hay ladrones. Acabé con todos ellos hace muchos años.

—Entonces, debe ser una prueba para usted.

—¿Una prueba de qué?

—Para comprender que esta señorita es la verdadera Virginia Roland. Esos dos fulanos nos estaban esperando para que no pudiésemos llegar a Grassy Lake.

—¿Usted mató a los dos?

—Sólo a uno. Leo se encargó del otro.

—¡Les prohíbo que abandonen Grassy Lake hasta que aclare eso!

—No se preocupe, marshall. No pensábamos salir de esta ciudad.

—¡Les dije que se marchasen!

—Pero acaba de decirnos que nos quedemos. ¿Se pone usted de acuerdo consigo mismo, marshall?

Arllis soltó un espantoso juramento.

—Ricky, mis colegas de Álamo Verde, Costanilla y Campanitos eran imparciales… Usted… usted es…

—¿El Fantástico Ricky?

—¡Algo más que eso! Según ellos es un juerguista, un pendenciero, un buscarruidos… ¡Quítese de mi vista!

—A la orden, jefe —dijo Ricky, llevándose la mano al sombrero.

Virginia se adelantó hacia el marshall y dijo:

—¡Usted es un incompetente, señor Arllis!

—Ricky, retire a su cómplice de aquí o la encierro en una celda.

Virginia fue a contestar, pero Ricky le cubrió la boca con la mano y ella sólo pudo expresar sonidos ininteligibles.

Luego la arrastró hacia la puerta de la calle.

Leo había sido el primero en salir y ya los estaba esperando.

Virginia pegó un mordisco a la mano de Ricky y éste la retiró.

—¿Por qué no me dejaste hablar, Ricky?

—Porque no te quería ver dentro de una celda.

—¡Dijo que yo era una cómplice tuya!

—Desde su punto de vista, es razonable.

—Claro, la culpa es mía por haberte elegido.

—De modo que ahora estás arrepentida.

—Acabo de oír al marshall. Tienes muy mala fama… ¿Quién te va a dar crédito?

—Ten paciencia, muchacha. ¿Por qué crees que te pedí la mitad de tu rancho? La respuesta es la mar de sencilla. Pensé que resolver este asunto iba a ser un poco complicado. Ten en cuenta que el guisado ya se coció. Hemos llegado tarde. Hay una Virginia Roland.

—¡Es una impostora!

—Lo dices tú.

—¡Lo digo yo porque es la verdad!

—Demuestra que la Virginia que hay en el rancho Roland es una impostora y no tú.

Virginia fue a contestar, pero cerró la boca como un cepo.

—Cálmate, Virginia. Si uno tiene los nervios rotos, no adelanta nada. Lo sé por experiencia.

—Está bien. Seguiré tus consejos. Hasta que me canse.

Ricky la invitó con una mano a que pasase delante. Leo se rascó una oreja y dijo con ironía:

—Me he metido en negocios sucios en mi vida, pero éste se lleva la palma. ¿Por qué tuve que aceptar?

—No te sugestiones —replicó Ricky—. Fuiste tú el que te uniste al grupo. Nadie te llamó.

Llegaron a la casa pintada de azul en donde residía el juez Butler. El jardín estaba bien cuidado.

Llamaron a la puerta y les abrió una mujer de pelo blanco y

mejillas chupadas.

—Hemos venido a hablar con el juez Butler —le informó Norton.

—Lo siento, pero no puede atenderles. Duerme la siesta.

—Despiértelo.

—El señor juez me ha dicho que sólo lo despierte por cuestiones graves o urgentes.

—Dígale que es un asunto grave y urgente. Aquí está Virginia Roland, la heredera del rancho Roland.

La mujer parpadeó observando a la joven y al fin dijo:

—Está bien. Pasen.

Fueron conducidos a un pequeño despacho en donde había muchos libros y una mesa llena de papeles.

Leo abrió una caja de cigarrillos y fue a coger uno, pero Ricky le pegó un manotazo.

—Estate quieto.

Virginia se había sentado en un sillón cruzando sus largas y torneadas piernas.

Se abrió una puerta y apareció un hombre de cuarenta años, de talla mediana, rubio, de ojos azules, rostro de facciones angulosas.

—Soy el juez Charles Butler.

—¿Cómo está, juez? —dijo Ricky—. Yo soy Ricky Norton, ése es Leo Talking y la joven que se sienta en el sillón es Virginia Roland… Disculpe que le hayamos interrumpido su siesta.

—¿Cómo ha dicho?

—Su ama de llaves dijo que estaba durmiendo y…

—No me refería a la siesta, sino al nombre de esta joven.

—Virginia Roland.

—¿Quién les pagó para embromarme, o la broma es de usted, señor Norton?

—Me temo que ya lo embromaron, juez. La joven que usted tomó por Virginia Roland es una impostora.

Butler se echó a reír.

—Señor Norton, posee usted sentido del humor.

—¿Sólo se le ocurre decir eso, juez?

—Puedo agregar algo más.

—Agréguelo.

—Fui encargado por mi buen amigo el difunto James Roland

para buscar a Virginia.

—¿La buscó?

—Naturalmente.

—Pues no la encontró.

Butler se puso muy serio.

—Ya he dejado de reír sus gracias, señor Norton.

—Yo no decía nada para que se riese.

—No me gusta su tono, señor Norton.

—Oiga, juez, ésta es la auténtica Virginia Roland y la opinión que yo le pueda merecer no me importa nada.

—Señor Norton, tuve pruebas clarísimas de que la Virginia Roland que yo conozco era la hija de James Roland y de su doncella Greta Miljan… En fin, es doloroso recordar aquello ya que, cuando ocurrió, mi buen amigo Roland estaba casado, pero su falta habrá sido ya perdonada. —Butler miró al techo durante unos segundos.

—Admitiendo que la falta le haya sido perdonada al señor Roland, no se ha hecho todavía justicia en la tierra, señor Butler. Me refiero a la hija del señor Roland, ya que ella está aquí y no es la propietaria del rancho Roland.

—Señor Norton, le he hablado de unas pruebas. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—Muy bien. Presente las suyas. Demuéstreme que esta joven es la hija de James Roland.

—No puedo.

—¿Cómo que no puede? ¿No trae nada? ¿Un documento? ¿Un certificado?

—Juez, tengo una prueba.

—Enséñemela.

—No se la puedo enseñar ahora, aunque la verá usted muy pronto. El marshall la traerá.

—¿El marshall? ¿A qué se refiere?

—Dos hombres nos atacaron a unas millas del pueblo, y lo hicieron a balazo limpio.

—Explíqueme eso con detalle.

Ricky contó la escena y, cuando hubo terminado, Charles Butler se echó a reír.

—¿Es ésa su prueba, señor Norton?

—¿No tiene bastante?

—Claro que no. Sólo significa que fueron atacados por dos hombres que pretendían robarles.

—El marshall nos dijo que aquí no había ladrones.

—¿Y va usted a creer al marshall? El señor Arllis está demasiado orgulloso de su trabajo y pretende pintar el cuadro con los más rosados colores. Pero ésta es una tierra en que pasan muchos viajeros, y no todos son precisamente hombres de fiar. Esos dos hombres que les asaltaron eran gente de paso, y al descubrirles a ustedes vieron una oportunidad para robarles y hacer un buen negocio…

—Olvida que tenían quince dólares.

—¿Qué son quince dólares para un largo viaje, si iban a México o a California? Y repito que se trata de una oportunidad única, puesto que aparte del dinero que pudiesen encontrarles encima, podrían vender sus caballos. No, señor Norton, no me ha dado ninguna prueba de que la señorita aquí presente sea la verdadera Virginia Roland… ¿Qué más tiene para verificar la autenticidad de esta joven?

—Eso es todo.

—Entonces lo siento, pero su esfuerzo no ha servido de nada, señor Norton.

Virginia se levantó del sillón.

—Está usted en lo cierto, juez. No tenemos nada para probarlo, pero yo soy Virginia Roland.

—¿Qué raciocinio ha seguido usted para llegar a esa conclusión?

—Me lo dijo mi padre.

—Difícilmente se lo podría decir su padre, el difunto señor Roland, ¿o me va a asegurar que habló con él en una sesión de espiritismo?

—No me refería al señor Roland, sino al hombre que he creído mi padre desde que tuve uso de razón. Es él quien me dijo que no era mi padre, sino James Roland. Douglas Woods tiene ocho hijos más y es propietario de un gran rancho en Falconville. Lo que quiero decirle es que Douglas Woods no tenía ninguna razón para negarme su paternidad.

—Podría tener una.

—¿Cuál?

—La de que él no fuese su verdadero padre.

—¿Cómo se atreve? No tiene derecho a insultar al señor Woods. Su esposa era una santa.

—¿Por qué no me explica su caso y sabremos a qué atenernos?

Virginia le contó cuanto sabía de ella su madre, Greta Miljan, y de los Woods.

Cuando hubo terminado, el juez sacudió gravemente la cabeza.

—Está claro que usted es la hija.

—Celebro haberle convencido.

—La hija de la señora Woods y de otro hombre que no era su marido.

—¡Está calumniando a una mujer honesta!

—Debo felicitarla por su gran amor filial, porque indudablemente la señora Woods es su madre y no Greta Miljan. Señorita Woods, hágase usted cargo de la situación… Usted me acaba de decir que la señora Woods fue por tres meses a Kansas City, supuestamente para ser atendida por una dolencia que sufría, pero está claro que fue una excusa para que su marido no la vigilase porque estaba encinta de otro hombre.

—¡Oh, no!

—No me interrumpa y deje que continúe.

—Pero es que está diciendo una sarta de calumnias…

—Soy un juez, señorita Woods, y yo no puedo calumniar a nadie porque sería dar mal ejemplo a las personas que un día u otro puedo juzgar. Estoy tratando de llegar al fondo del asunto con imparcialidad. Soy un hombre íntegro, señorita Woods, y si tiene alguna duda al respecto, pregunte a quien quiera en la comarca del Pecos. —Butler hizo una pausa—. ¿Puedo seguir ahora?

—¡Siga! —dijo Virginia, que se estaba desmoralizando.

—Usted es hija de padre desconocido…

Virginia apretó los puños y sus ojos se agrandaron desorbitados.

—¡No le consiento eso, juez!

—¿Por qué no ver las cosas como son? Corríjame si me equivoco. ¿Ha sido Virginia Woods hasta ahora?

—Sí.

—Pues su padre no tiene derecho a repudiarla.

—¡No me ha repudiado!

—Prácticamente, lo ha hecho.

—¿Por qué me iba a repudiar al cabo de tantos años?

—Precisamente por eso, por los años.

—No le comprendo.

—Usted era pequeña, un bebé, y según ha dicho, el señor Woods no tenía niñas. ¿Es que no lo comprende? Apuesto a que el señor Woods, después del tercer o cuarto hijo, estaba esperando una niña. Y de pronto llegó usted. La traía la señora Woods de Kansas City, y ella dijo que usted era hija de una amiga, pero usted era la hija de la señora Woods, aunque no llevase la sangre del señor Woods. Sin embargo, el señor Woods la admitió como hija porque usted era la niña que él siempre había deseado.

—Es usted muy persuasivo, juez. Sólo falta ahora que me demuestre por qué ahora el señor Woods me ha repudiado como hija.

—Le he hablado de los años. Pesan mucho en la vida de un hombre. Usted es ya una mujer. Es lo que pensó el señor Woods, y se dijo que no debía seguir por más tiempo su comedia. Usted no era su hija.

—Y me quiso apartar de su lado.

—Exacto.

—Y según usted, el señor Woods inventó que yo era hija de Greta Miljan y James Roland.

—Sí, señorita. Eso es.

—¿Y cómo se enteró el señor Woods de esa historia?

—Es la mar de fácil. La noticia con respecto a la herencia del rancho Roland se ha publicado en los diarios. Ha sido una historia a la que los periodistas han dado muchas vueltas… Es lógico, teniendo en cuenta que hay en ella romanticismo, folletín, los ingredientes que tanto gustan al público…

Leo le interrumpió diciendo:

—Mi gozo en un pozo. He perdido la mitad de la mitad de un rancho…

Ricky Norton se encogió de hombros.

—Valió la pena intentarlo —cogió del brazo a la joven—. Vámonos, Virginia.

—¡No quiero marcharme sin decirle unas cuantas cosas al juez!

—Ya dijiste bastante.

—Déjela que hable, señor Norton —sonrió benévolo el juez Butler—. Aunque la señorita Woods está muy excitada, estoy

dispuesto a escucharla.

—Señor juez —dijo Virginia—, sé que el señor Woods no podría engañarme. Es incapaz de hacer una cosa como la que usted ha expuesto…

—Lo siento, señorita Woods. Le aseguro que lamento haberle hecho pasar este mal rato, pero era necesario.

—¿Es que no me ha oído? ¡Le he dicho que no creo una palabra de su historia!

—Usted puede creerla o no. Siempre he admitido que los demás mantengan una opinión distinta a la mía. Es su derecho. Desgraciadamente, en este caso no puedo hacer nada por usted. Para mí el asunto está claro. Cumplí la última voluntad del señor Roland tal como él me ordenó y, por tanto, la verdadera Virginia Roland está ahora en el rancho al que tenía derecho… Y ahora, señorita, caballeros, ¿quieren ustedes excusarme? Me encuentro francamente cansado.

Virginia fue a decir algo más, pero Ricky tiró de su brazo.

—Es inútil que continuemos aquí.

Cuando los tres socios llegaron a la calle, Leo dijo:

—Eh, Ricky, me hace ruidos el estómago. ¿Por qué no comemos antes de regresar a Falconville?

—No es mala idea.

Virginia dio una patada en la acera de tablones.

—Vosotros podéis regresar a Falconville si es vuestro deseo, pero yo me quedaré.

—¿Por qué no eres más sensata? —rezongó Leo.

—¡Soy todo lo sensata que debo ser!

—Entonces debes reconocer que perdimos.

—Ni hablar. No está nada perdido. Yo soy Virginia Roland y tengo derecho a ese rancho. ¿Por qué habéis de creer al juez? ¿Por qué no admitir que la impostora es la mujer que llegó antes que yo?

—Vamos a comer y, mientras tanto, lo discutiremos —dijo Ricky.

CAPÍTULO VII

El juez Charles Butler nunca había estado tan indignado. Entró como un ciclón en la sala en donde se encontraba Maude.

La joven, al verle, dijo:

—¿Dos visitas en el mismo día? ¿Qué pasó, juez?

Charles siguió andando hacia ella y la atrapó por la muñeca.

—Cuidado, Charles. Me haces daño.

—Te voy a partir el brazo.

—¿Qué infiernos te pasa?

—Dije que esto lo haría yo a mí modo, estúpida.

—No sé a qué te refieres.

—A Virginia Woods y a los dos sujetos que la acompañan.

—¿Qué ha pasado?

—¿Tienes el cinismo de preguntarlo? Tú mandaste a dos pistoleros contra ellos.

—¡Oh, no!

—Oh, sí. He visto los dos cadáveres en la comisaría. Son dos tipos de cuidado… El marshall no los conocía, pero yo sí, porque estuve hace tiempo en Abilene… Los había visto en el pueblo y me estaba preguntando qué hacían aquí. Naturalmente, me guardé el fruto de la experiencia y ahora ha salido a relucir la verdad. Estaban en Grassy Lake porque seguían órdenes tuyas.

—No, Charles. Yo no tenía que ver con esos hombres, y tampoco les di una orden para que acabasen con Virginia Woods y sus acompañantes. Pero si terminaron con alguno de ellos, debemos felicitarnos. Sobre todo, si la joven murió.

—Te voy a dar una noticia muy triste, querida. Virginia Woods vive y los dos hombres que han venido con ella también salieron ilesos del combate. Sólo tus dos pistoleros murieron.

—¡No eran mis pistoleros!

—Entonces, ¿qué diablos pintaban?

—Seguramente obrarían por su cuenta… ¿Quieres soltarme ya? —Maude dio un tirón y se desasió de la mano del juez—. ¿Quieres un *whisky*?

—No, no es hora para beber.

—Yo tengo ganas de un trago. —Maude estaba muy nerviosa porque todo aquello era obra de Clive Poster. Sí, el mismo Clive Poster le había dicho que tenía dos hombres en la ciudad, y cuando Clive salió de su habitación dijo que tenía un trabajo, pero lo cierto es que se había ido al pueblo en busca de sus dos empleados. Pero éstos habían fallado y ahora ella sufría las consecuencias.

Bebió un trago de licor y dijo:

—Está claro que eran dos ladrones.

El juez rió.

—Esa versión ya se estudió.

—¿Y qué?

—Rechazada.

—¿Por qué rechazada?

—Sólo dos personas sabíamos que ellos venían hacia Grassy Lake. Tú y yo, querida, y entre nosotros dos, da la casualidad de que tú sugeriste que debíamos acabar con ellos. Te dije que te estuvieses quieta, pero tú quisiste obrar por tu cuenta.

Maude pensó que era mejor aceptar su culpabilidad o el juez terminaría por descubrir a Clive y entonces las cosas irían a peor.

—Está bien. Fui yo, Charles.

Las manos de Butler se crisparon y echó a andar hacia la joven.

—¿Qué vas a hacer, Charles?

—Estrangularte.

—Eso sería una cosa muy fea tratándose de un juez.

Butler se detuvo al oír aquellas palabras.

—No tienes conocimiento, Maude.

—Tú lo tienes menos al llamarme Maude. Soy Virginia Roland.

—¿Por qué? ¿Por qué obraste sin mi autorización?

—Pensé que era lo mejor.

—Pues ya ves lo que adelantaste. Ellos estuvieron en mi despacho y antes visitaron al marshall. Repitieron una y otra vez que esa joven es la auténtica Virginia Roland y tú una impostora.

—Eso prueba que hice bien en mandar aquellos hombres contra ellos. Si los hubiesen matado, ahora estaríamos tranquilos.

—Pero fallaron.

—Elegí a dos inútiles, pero yo tenía razón.

El juez Butler se pasó una mano por la cara.

—No hay que preocuparse —dijo la hermosa joven—. La próxima vez no fallaré.

—¡No habrá próxima vez! ¡No quiero que nadie los toque!… Te he dicho que estuvieron hablando conmigo y me carcajeé de sus declaraciones. No tienen ninguna prueba para demostrar que esa chica es la genuina Virginia Roland, y el marshall tampoco les hizo ningún caso. Hablé con Arllis y dijo que me los había enviado para que yo decidiese. Le expliqué a Arllis que esa joven y los dos hombres que la acompañan son aventureros que decidieron probar suerte para apoderarse del rancho Roland. Fue bueno para nosotros que Arllis estuviese enterado de las andanzas de uno de esos dos muchachos, de ese Norton al que llaman Fantástico Ricky.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante.

Entró una doncella negra.

—Señorita, tiene dos visitantes.

—¿Quiénes?

—Una joven que se llama como usted, Virginia. Le acompaña un hombre: Ricky Norton.

El juez había perdido el color.

—Ya están aquí.

Maude sonrió.

—No se preocupe, señor juez —dijo Maude, porque la doncella continuaba en el hueco de la puerta—. Sabré recibir a esas personas. ¿Quiere usted pasar a la habitación de al lado?

—Desde luego.

—Ana —dijo Maude a la criada—, concédenos un par de minutos y luego los haces pasar.

—Sí, señorita Roland —dijo la negrita, y salió de la habitación.

Maude se echó a reír.

—¿Por qué lo encuentras tan divertido? —Gruñó el juez.

—Porque resulta estupendo eso de que la verdadera Virginia venga a esta casa y sea yo quien la reciba, ocupando el lugar que le

corresponde.

—No deberías decir eso. Las paredes oyen.

—No hay nadie con nosotros y estos muros fueron bien construidos.

El juez se fue a la habitación de al lado.

—Espero que termines cuanto antes. Mándalos al infierno.

—Sí, querido.

Butler entró en la habitación en que otras veces se había encerrado Clive Foster y cerró tras de sí.

Poco después, la doncella negra hacía pasar a Virginia y a Ricky Norton.

—¿A quién tengo el gusto de recibir? —inquirió Maude—. La doncella sólo me dijo Virginia.

—Virginia Roland —dijo la joven.

Maude parpadeó.

—Qué casualidad. Se llama usted como yo.

—No es casualidad porque yo me llamo Virginia Roland y usted debe llamarse de otra forma.

—Confieso que antes me llamaba de otra forma, pero desde hace unas semanas soy Virginia Roland… ¿Quiere decirme desde cuándo se llama usted así?

—Usted es una impostora.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Es una farsante. Usted no tiene derecho a este rancho. Se ha hecho pasar por mí.

La rubia estaba haciendo un gesto de asombro.

—Querida, es usted muy ingeniosa. Palabra que no lo había pasado tan bien en mucho tiempo… Por favor, continúe con sus chistes.

—Voy a arrancarte el pelo. —Virginia se lanzó sobre Maude.

Ricky no la pudo detener a tiempo.

Virginia cayó sobre Maude, pero ésta ya había levantado los brazos para defenderse.

—¡Quietas! ¡Quietas! —dijo Ricky, bailoteando alrededor de las jóvenes.

Las dos se habían atrapado por el cabello y Virginia Woods pegó un puñetazo a Maude en el estómago, y la rubia replicó con un izquierdazo.

Ricky trató de separarlas y los tres cayeron en el suelo.

—¡Eh, no está bien que peleen dos señoritas! —exclamó Norton.

—Ella no es una señorita —exclamó Virginia Woods.

—Ella es una cualquiera —dijo Maude.

Ricky había logrado una posición ventajosa porque estaba en medio de las jóvenes y las empujó apartándolas.

Ambas rodaron y de esa forma dejaron de pegarse.

Ricky, a gatas, dijo mirando a una y a otra:

—Hay ciertas cosas que no se pueden ventilar a puñetazos, y ésta es una de ellas… Silencio. No quiero oír a ninguna…

Capítulo VIII

Los tres se fueron poniendo en pie y recuperaron el resuello.

La mujer que era la dueña del rancho en virtud de la decisión del juez, dijo:

—Señorita como se llame, lárguese de aquí o tendré que ordenar a mis hombres que la saquen de mala forma.

—Atrévete y soy yo quien te saca de aquí a puntapiés —repuso Virginia Woods con fiereza.

—¡Un momento! —dijo Norton, las manos levantadas para imponer la paz.

—¡Soy la dueña de esta casa! —gritó Maude—. ¡Y ustedes se están aprovechando de mi hospitalidad!

—Señorita Roland… —dijo Ricky.

—¡Yo soy la señorita Roland! —repuso Virginia.

Maude se carcajeó, aunque muy ficticiamente.

—Anda, muñeca, di que eres también el tío Remus.

—¿Queréis callar, por favor? —gritó Ricky—. La culpa la tengo yo por meterme en este jaleo. Una mujer es capaz de volver loco a un hombre… ¡Dos mujeres son el mismísimo infierno!

—Vosotros os vais a ir a eso, al infierno —dijo Maude, furiosa.

—Oiga, señorita, ¿cómo se llamaba antes?

—Maude.

—Muy bien, Maude.

—¡No quiero que me llames Maude! ¡Soy la señorita Roland!

—Maude, hemos venido a hacer una transacción.

—No me digas.

—Danos un poco de lo que tienes y nos largamos.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

Virginia Woods gritó:

—¡Bandido, traidor!… ¡No quiero nada! ¿Para eso me trajiste aquí?… ¡No transigiré! ¡No quiero los cinco mil dólares!

—Es que yo tampoco te los iba a dar, rica —dijo Maude.

—Maude —habló otra vez Norton—, tú no tenías nada antes.

—Ahora tengo mucho.

—Por eso debes dar gracias al destino que te ha colocado aquí. ¿No crees que sea honesto que le entregues una parte a la persona que podía ocupar tu lugar? Si Virginia Woods hubiese llegado antes que tú, ella sería la dueña del rancho.

—No habría sido nunca la dueña del rancho por la sencilla razón de que yo soy la auténtica Virginia Roland, descendiente de James Roland y Greta Miljan.

—¡Yo soy la hija de Greta Miljan y James Roland!

—¿Ya se lo dijiste al juez?

—Sí.

—¿Y qué contestó?

—Que me sacaste ventaja.

—El doctor Harlow, el que asistió a mi madre, dejó dicho que yo era su hija… ¡Y ya estoy harta de vosotros y de vuestra visita!…

—¿Cuatro mil dólares? —dijo Ricky.

—Ni tres mil.

—¿Digamos mil quinientos?

Virginia Woods hizo rechinar los dientes.

—Ricky, acabas de perder a una amiga… Anda, arrástrate por el suelo, haz el gusano, a ver si consigues que te den cinco dólares… Yo me voy al pueblo.

La joven dio media vuelta y salió bruscamente de la habitación.

Maude se echó a reír.

—Es una chica muy impulsiva, pero debió calcular mejor sus posibilidades.

—Yo las estoy calculando y por eso rebajé la cuota.

—Tú eres tan tramposo como ella.

—La vida está muy mal, Maude. ¿A qué te dedicabas antes?

—Era actriz.

—Apuesto a que eras una actriz sensacional.

—¿Y por qué lo crees así?

—Porque reúnes unas condiciones inmejorables.

—¿Tú crees, Ricky?

—Eres bella, hermosa y tus ojos son los más grandes que he visto desde que eché los segundos dientes.

—¿Y antes?

—Mi nodriza tenía los ojos tan grandes como tú.

Maude se echó a reír.

—Eres simpático.

Ricky dio unos pasos hacia Maude.

—Nena, yo sé cómo está el asunto. Aquí todo el mundo se puso a correr para llegar antes.

—¿A qué te refieres?

—A que la chica que traje yo es una falsa Virginia, pero tú también eres tan falsa como ella.

Ricky trataba de conseguir algo de aquella joven, arrancarle su secreto, porque seguía opinando que Maude no había trabajado sola. El juez no le había gustado nada y él había dado la aprobación a Maude. ¿No era lógico pensar que el complot era obra del juez y que había elegido a Maude para echar mano al rancho?

—Te estás equivocando, Ricky —dijo Maude—. Me alegro mucho de que reconozcas que tu compañera ha querido arrebatarme el rancho basándose en falsedades, pero yo soy la auténtica Virginia Roland. Y ahora, adiós.

—¿Mil dólares? —dijo Norton.

—Ni un centavo.

Ricky exhaló el aire de los pulmones.

—¿Por qué habré venido a Grassy Lake?

—Fue cuenta tuya. Buen viaje de regreso.

—Gracias, Maude.

Ricky hizo un saludo con la mano y salió de la estancia.

Casi en seguida el juez salió de su escondite. Tenía un pañuelo en la mano, con el que se enjugó el sudor del rostro.

—¿Qué te pasa, juez?

—Pensé que Ricky te iba a convencer…

—No seas ingenuo, Charles. ¿Crees que me enamoro del primer hombre que se me acerca? Debes estar muy satisfecho por haberme elegido. ¿No he hecho una buena representación, querido?

—Sí, confieso que estuviste bien.

—Y logré que peleasen entre sí. Ya lo viste, ella plantó a Ricky y

él está dispuesto a largarse.

—Eso es lo que no estoy dispuesto a admitir.

—¿Qué cosa?

—Que Ricky abandone.

—Pero él dijo…

—No importa lo que dijese. Fue una trampa para confiarnos.

—Creo que exageras.

—Iré al pueblo y sabré si Ricky Norton está dispuesto a marcharse.

—¿Cuándo te veré?

—Esta noche.

—Te estaré esperando, querido.

El juez salió del rancho y subió a un tílburi, emprendiendo el camino de regreso a la ciudad.

De pronto, al pasar frente a un bosquecillo, un jinete apareció por entre los árboles. Era Ricky Norton.

—Hola, juez. ¿De paseo?

Charles Butler había detenido el vehículo.

—Sí, salí a tomar un poco el aire, Norton.

—¿Por qué miente?

—No le entiendo.

—Viene del rancho de Virginia Roland.

—Supongamos que vengo del rancho de la señorita Roland. ¿Qué inconveniente hay? Puedo ir a donde me dé la gana.

—Usted estaba allí cuando la auténtica Virginia Roland y yo hablamos con la impostora.

—Me está hablando en japonés.

—Ahora todo está claro, juez. Tenía una sospecha, pero usted la acaba de confirmar. Usted, como albacea testamentario de James Roland, buscó una hija de pega. ¿Para qué? Para merendarse el rancho Roland. Apuesto a que dentro de una semana, usted y Maude se casan.

Charles sentía que la sangre se le iba helando poco a poco en las venas. Demonios, todo lo que le habían dicho del Fantástico Ricky era cierto, porque aquel muchacho había tenido bastante con una conversación con él y otra con Maude para conocer la verdad.

—Ricky, usted no tiene ninguna justificación para calumniarme de esa forma —dijo, sin embargo—. Podría hacerle detener por el

marshall, pero no quiero líos. Por eso, lo mejor que puede usted hacer es retractarse.

—No me voy a retractar.

—Entonces déjeme en paz. La próxima vez que me insulte en la forma que lo ha hecho, no me estaré quieto. Se lo juro.

—Todavía no ha contestado a mí pregunta.

—No tengo ninguna obligación de contestarle, pero lo voy a hacer.

—Muy amable.

—Sólo tiene razón en una cosa.

—¿En cuál, juez?

—En que me he enamorado de Virginia Roland… ¿Qué tiene de particular eso? Soy un hombre soltero y ella es una mujer de gran belleza.

—Y ahora tiene un rancho.

—Sí, señor Norton, también eso es un incentivo. No soy un hombre demasiado calculador, pero quizá el hecho de que una mujer hermosa y seductora sea además una rica propietaria, ha podido decidirme a renunciar mi soltería. Pienso que podré ser feliz con Virginia y también estoy seguro de hacerla feliz a ella. Sí, señor Norton, usted acertó. Vengo del rancho y he hecho otras visitas a él con anterioridad. Desde que llegó Virginia voy a su casa siempre que tengo un rato libre, y me doy cuenta de que cada vez me enamoro más de ella. No se necesita ser un adivino o un profeta para vaticinar que, en unas semanas, le pediré que sea mi esposa.

El juez estaba riendo para sus adentros. Demonios, nunca había sido tan persuasivo como ahora. Ni siquiera en el más complicado de los asuntos jurídicos. Su voz había sonado grave, siempre dentro de los límites de la corrección, y notaba el impacto que estaba produciendo en Ricky Norton.

El joven sacudió la cabeza.

—Disculpe, juez. Llegué a pensar lo peor de usted.

—Gracias por pensar ahora de otra forma.

—No, no pienso ahora de otra forma. Todo lo contrario.

—¿Qué?

—Ahora sé que usted es un tipo más peligroso que una serpiente de cascabel.

—¡Señor Norton!

—No retiro ni una palabra, juez. Usted es un calculador, un tipo que sopesa las situaciones. Prefiero enfrentarme con un gun-man a un hombre de su calaña.

—¡Ya me está hartando, señor Norton!

—No pierda la serenidad, juez. No va con usted. Lo suyo es llegar hasta el fin que se ha propuesto, utilizando los medios más tortuosos. Confieso que me habría logrado engañar si no conociese ya a Maude.

—¿Qué pasa con Maude?

—Ella es peor que la girl más experimentada… Usted no es un jovencito y cayó en sus redes. ¿Por qué? Porque usted mismo se lo propuso. Usted conoce a mujeres honradas, pero está harto de las mujeres honestas. Quería una mujer que reuniese todas las condiciones. ¿Y quién podría atraerlo? Sólo una mujer como Maude. Después de todo, usted ponía lo demás.

—¿Qué es lo que yo ponía?

—El rancho Roland… Sí, señor Butler, siendo ella la supuesta propietaria del rancho Roland, desaparecía el aspecto perverso de Maude… Usted la convertía automáticamente en una dama. Ella necesita un poco de educación, pero usted, con el tiempo, se la irá dando. Usted quería un ejemplar como Maude, y el señor Roland, al morirse, le facilitó la oportunidad de convertir su sueño en algo real. Así lo tendrá todo. El rancho y una mujer que no le aburrirá en ningún momento.

—Señor Norton, ya me cansé de oírle decir tonterías.

—Usted sabe que no son tonterías. He ido más lejos de lo que había supuesto, juez. No sólo he descubierto su plan, sino que he explicado las motivaciones de sus actos.

—Sí, ha soltado un gran discurso, señor Norton, pero ha estado lleno de fantasías. Y ha demostrado que el que le puso el apodo estuvo acertado… Y ahora, hasta la vista, señor Norton.

Ricky sacó el revólver.

—Quieto, juez.

Butler iba a mover las bridas pero se detuvo.

—¿Qué va a hacer, Norton?

—Obligarle a confesar.

—Está amenazando a un juez, señor Norton.

—Usted me obliga a tomar esta medida.

—¿Qué piensa conseguir?

—La verdad.

—Es usted un ingenuo, señor Norton. Puedo confesarle lo que usted quiera, puesto que estoy bajo la amenaza de un revólver, pero luego me retractaré. Tendrá que matarme, y tampoco muerto le serviría para probar que la joven que vino con usted es la auténtica Virginia Roland.

Sonó un disparo, pero no era el arma de Ricky de la que había salido la bala.

Charles Butler lanzó un grito y saltó del pescante cayendo en el polvo.

Ricky vio una nubecilla entre los árboles y disparó hacia allí.

Sonó otro estampido y la bala silbó junto a la cara de Ricky. Éste se arrojó al suelo porque estaba al descubierto y el asesino parapetado tras los árboles.

Había una roca delante y corrió hacia allí.

Otra vez el asesino disparó, pero la bala rebotó en la piedra.

Ricky ya había formado su plan. Daría la vuelta a la roca y sorprendería al asesino por la espalda.

Se movió rápidamente, pero tuvo que ampliar el círculo para que su enemigo no le descubriese.

Se preguntó si el juez Butler estaría muerto. Probablemente sí, ya que había recibido el impacto en el pecho.

Ya había llegado al bosquecillo y ahora se movió con más rapidez.

De pronto oyó una cabalgada. Soltó una maldición para sus adentros, porque eso quería decir que el asesino huía. Estaba muy lejos de la cumbre. Tardaría unos minutos en llegar a lo alto y, para entonces, el asesino habría desaparecido.

Renunció a seguirlo y regresó al lugar en donde el juez había sido alcanzado por la bala.

No se había equivocado. El juez Charles Butler estaba muerto. El proyectil le había atravesado el corazón.

Ricky devolvió el revólver a la funda y se puso en pie.

En aquel momento oyó la voz del marshall Tom Arllis:

—Las manos en alto, Ricky. No estoy solo. Me acompaña mi ayudante y los dos le estamos apuntando.

CAPÍTULO IX

Ricky volvió la cabeza y comprobó que el marshall de Grassy Lake no le había engañado. El ayudante de Arllis era un joven de mejillas chupadas, que sonreía cínicamente.

—Marshal, baje el rifle y dígale a su ayudante que lo baje también. Yo no maté al juez Butler.

—Ahora cuéntenos una de miedo, Ricky —dijo el ayudante.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Richard Francis.

—Pues les voy a contar una de miedo como me ha pedido.

—Adelante, Ricky. Me han dicho que sus historias son la mar de interesantes.

—Yo estaba hablando tranquilamente con el juez cuando sonó un disparo desde los árboles. El juez cayó del pescante como una rana. Traté de cazar al asesino. Rodeé las rocas, pero cuando llegué al bosquecillo el asesino ya se había largado. Oí su caballo por la colina, pero ya no pude verlo.

—Le falta algo a su historia, Ricky —dijo el ayudante.

—¿Qué cosa?

—Un par de señoras estupendas.

—Justamente en mi historia hay un par de señoras estupendas.

—¿Y quiénes son?

—La chica que yo traje y la mujer que se hace pasar por Virginia Roland. Estoy seguro de que el asesino se va a reunir con la segunda.

—Claro, y los dos vivirán felices y comerán perdices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Le he dicho lo que pasó, ayudante.

Richard Francis soltó una carcajada.

—Eh, jefe, ¿no se ríe usted también?

—No, no me río porque la víctima es el juez Charles Butler… —Después de mirar el cadáver, Arllis clavó sus ojos llenos de furia en la figura de Norton—. Ricky, acaba de cometer el error más grande de su vida. No consiguió que el juez creyese sus argumentos en favor de la chica que trajo, y decidió emplear esos procedimientos que mis colegas le han rechazado siempre: su revólver y la violencia.

—Marshal, le repito que está equivocado.

—Lo sabremos enseguida. Anda, Francis mírale el revólver. Quiero saber si ha sido disparado recientemente.

Ricky apretó los maxilares mientras el ayudante bajaba del caballo.

—Oiga, Arllis, mi revólver ha sido disparado.

—Claro, contra el asesino.

—Exactamente.

—Lo imaginaba. Está perdiendo facultades, Ricky. Según me dijeron, era un tipo grande inventando historias, pero hoy no está haciendo nada por sí mismo.

—Estoy diciendo la verdad.

—Y claro, las otras veces fantaseaba.

—Es la primera vez que me acusan de asesinato.

El ayudante llegó por detrás de Ricky y le quitó el revólver. Le olió y se echó a reír mientras observaba el cilindro.

—Sí, marshall, sólo se disparó una vez y, naturalmente, la bala que salió de aquí la tiene el juez en el pecho.

—Se equivoca, ayudante —repuso Ricky con voz paciente—. Mi bala se perdió entre los árboles.

—Cuando el doctor Warner haga la autopsia de Butler, tendremos en nuestro poder una bala de «Colt» del 45.

—Eso es normal. El «Colt» 45 lo usamos mucha gente. Precisamente el estampido del arma del asesino coincidió con el de un «Colt» 45.

—Mi jefe ya le ha dicho que no es usted muy brillante, Ricky. En fin, tarde o temprano, un hombre termina por caer en su propia trampa…

Norton miró al marshall.

—¿Me va a detener?

—Sí, hijo. Le voy a detener. Tendrá que responder por este homicidio.

—Yo voy a agregar algo más —dijo el ayudante—. Ricky, terminarás tus aventuras en Grassy Lake, porque muy pronto colgarás de la rama de una encina.

Ricky estaba encerrado en una celda. No habían valido de nada sus protestas. Él era el asesino del juez Butler.

Se había tendido en el camastro, las manos bajo la nuca, y pensaba en la forma en que podría escapar de allí. Pero ¿cómo podría arreglárselas? Aquel ayudante estaba siempre vigilando. Por dos veces el marshall le había dicho que saliese, pero Richard Francis prefirió quedarse y hasta había comido en la oficina.

Los dos representantes de la ley se encontraban en la oficina cuando se abrió la puerta y entró Virginia Woods, Corrió hacia la celda.

—¡Ricky, me acabo de enterar de todo!

Norton se incorporó ligeramente en el camastro.

—Vete. No puedes ayudarme.

—¿Por qué lo mataste? ¿Por qué?

Ricky cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Era lo que le faltaba, que ella le creyese el asesino del juez Butler.

El ayudante soltó una risita.

—Gracias por esas palabras, señorita. Ande, procure que Ricky Norton confiese y quizá el jurado se contente con ahorcarlo más aprisa.

—¡Oh, no pueden ahorcarlo! ¡Ricky sólo quiso ayudarme a recuperar lo que me pertenece! ¿No es verdad, Ricky?

Norton sacudió la cabeza.

—Lo estás estropeando, Virginia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo no maté al juez.

—¿Que tú no…?

—No, nena, no.

—Te creo, Ricky —la joven se volvió hacia las autoridades y dijo con ingenuidad—: Marshal, ya ha oído a Ricky. Él no mató al juez. Sáquelo de la celda.

El ayudante Richard Francis rió.

—¿Ha oído a la muñeca, jefe? Resulta que está por Ricky

Norton… Este muchacho las enamora a todas.

—¿Qué está diciendo, insensato? —repuso Virginia Woods—. Yo no estoy por Ricky en el sentido que usted cree. Sólo quiero que resplandezca la justicia. Vine aquí asustada, pensando que Ricky podría haber matado al juez, puesto que ustedes lo detuvieron, pero me han bastado sus palabras para convencerme de que es inocente.

—Estupendo, señorita Woods —repuso Francis—. Entonces no tiene nada que temer. Ricky hablará al jurado y también les convencerá de que es inocente.

—Un jurado no le creerá.

—Y nosotros tampoco le creemos, y da la casualidad de que somos las autoridades de Grassy Lake… Y ahora, si ya terminó, será mejor que se busque otros amigos. Por ejemplo, yo le podría enseñar los mejores rincones del pueblo.

Ricky intervino:

—A ti te voy a romper la cara cuando salga de aquí, Richard Francis.

—No, Ricky. Se la voy a romper yo —dijo Virginia, y se arrojó sobre el ayudante.

Francis recibió un puñetazo en la cara, pero paró el siguiente golpe y retrocedió hacia el rincón.

Arllis gritó:

—¡Quieta, señorita Woods, o también la meto en una celda!

La joven se detuvo.

—¡Meta en una celda a su puerco ayudante! ¿No oyó lo que dijo? Me trató como si yo fuese una…

—Richard —dijo Arllis—, esta vez ellos tienen razón. No debiste pronunciar esas palabras.

—Lo siento, jefe —admitió Francis.

—Ya lo oyó, señorita —dijo Tom—. Mi ayudante le presentó sus excusas… Y ahora, ¿quiere salir?

Virginia titubeó y Ricky le dijo:

—No puedes hacer nada por mí, Virginia. Obedece al marshall y lárgate.

—¿Adónde?

—Vuelve con los Woods.

—Ricky, Douglas Woods no es mi padre, ni sus hijos son mis hermanos…

—Pero tendrás al menos un techo y una comida.

—No, Ricky, no me voy a marchar…

—Sólo conseguirás una cosa, Virginia. Que te maten como mataron al juez.

—Ya veremos —dijo la joven, y salió de la comisaría.

El ayudante soltó una risita.

—¿Qué le parece la comedia que montaron, jefe?

—Apesta.

—Marshal —dijo Ricky—, el juez Butler jugó sucio. Se buscó una joven para que ocupase el puesto de Virginia Roland y eligió a la rubia llamada Maude. La prueba que trajo era falsa. Me estoy refiriendo al certificado firmado por un tal doctor Harlow, de Kansas City.

—Cuentos.

—¿Por qué no le pide a su colega de Kansas City que investigue acerca del doctor Harlow?

—Oiga, Ricky, se supone que no debo malgastar el dinero de los contribuyentes.

—Y también se supone que usted debe esclarecer los hechos dudosos.

—Exacto, Ricky, pero da la casualidad de que aquí no hay ningún hecho dudoso. Todo está demasiado claro.

—Sólo en apariencia, Arllis.

—Eso lo dice usted, pero yo no opino lo mismo… Y ahora continúe durmiendo en el camastro. Trabajó mucho aquí. Le convendrá echar una cabezada.

—Sí, tiene razón. Hablar con ustedes es perder el tiempo.

Ricky regresó al camastro y poco después oyó al marshall decir a Francis que se marchaba para hablar con el alcalde con respecto al funeral del juez Butler.

Pasaron cinco minutos y Ricky oyó una voz, la de su amigo Leo.

—Las manos arriba, ayudante.

Saltó del camastro y vio a través de la reja a Leo, que acababa de entrar con el revólver en la mano.

Francis gritó:

—¡Baje ese revólver!

—Claro que lo bajaré, pero cuando hayas ocupado el lugar de mi amigo en la celda.

—Bravo, Leo —dijo Norton.

Richard Francis se puso en pie.

—Ricky, si se decide a escapar no tendrá ninguna posibilidad de librarse de la horca.

—¿La tenía antes, ayudante?

—Quizá el jurado habría sido benévolo con usted.

—Eso lo dice ahora porque está amenazado con un revólver. Cuidado, Leo. Desármalo primero y oblígale a abrir la celda.

Talking siguió sus instrucciones y Francis obedeció.

Ricky atrapó al ayudante y le hizo entrar en la celda, saliendo él y cerrando la puerta.

Francis exclamó, lleno de rabia:

—¡Los seguiré hasta el infierno! Lo prometo.

—No sea vengativo, hombre —le sonrió Ricky mientras se ponía el cinturón con el «Colt», que había recuperado del armero.

Los dos amigos salieron de la comisaría.

—Tengo ensillado tu caballo en el establo —dijo Leo—. Ese ayudante dice que nos seguirá hasta el mismo infierno, pero no llegará ni hasta México.

—No vamos a México.

—¿Eh?

—Nos quedamos.

—¿Te refieres a quedarnos aquí, en Grassy Lake?

—Sí, Leo.

—¡Tú estás chiflado!… ¿Cómo vamos a quedamos? Vi a Arllis entrar en una casa y aproveché el momento para sacarte… Ahora tenemos que emprender la huida y no parar hasta encontrarnos a un centenar de millas de este condenado pueblo.

—¿Es que no recuerdas tu parte del rancho? ¿Vas a renunciar a ella?

—¡Claro que renuncio! ¡Es la mar de fácil, teniendo en cuenta que era la mitad de nada!

—No empieces otra vez. El rancho existe y se ha demostrado que Virginia Woods es la auténtica Virginia Roland. Sólo que tenemos que imponernos a tiros.

—Ch, sí, claro, tú y yo contra las autoridades y contra todos los vaqueros que están al servicio de la impostora.

—En este mundo, si quieres tener algo has de sudarlo.

—¿Quién dijo eso? ¿Un chino?

—No. Los chinos dicen las cosas con más solemnidad. Lo que te acabo de citar lo dijo un amigo mío antes de que lo ahorcasen.

—¡Ricky, no me nombres la soga!…

—Anímate, muchacho. Nadie te va a poner una cuerda al cuello.

—Pues tengo la impresión de que la siento sobre el gaznate.

—Todo saldrá bien.

—Eso lo dices para animarme… Oye, muchacho, me he jugado el tipo para sacarte de la cárcel…

—Y yo te lo agradezco mucho y quiero compensarte ofreciéndote lo que te corresponde.

—¡No quiero ni un pedazo de tierra de Grassy Lake! ¿Lo oyes, Ricky? ¡Quiero perder de vista a Grassy Lake y a todos sus habitantes, y sobre todo al marshall y a su ayudante! ¡Y si no vienes conmigo, ahora mismo me largo yo!…

CAPÍTULO X

—Querido, lo hiciste maravillosamente —dijo Maude, y besó a Clive Foster.

—Sabía que te gustaría.

—Nunca pude imaginar que poseyeses tanto talento como has demostrado.

—Fue fácil, nena. Cuando el juez se despidió de ti decidí montar el tinglado. No hizo falta que corriese mucho para adelantarme al juez… Y tuve la suerte de que la cosa se redondeaba cuando Ricky Norton detuvo a Charles. Me produjo mucha risa aquel encuentro porque yo estaba en una posición estupenda para liquidar al juez y pensé que Ricky cargaría con la responsabilidad… Y así ha sido… Dime ahora, ¿quién de los dos merece ese nombre de «Fantástico»?

—Tú, querido, tú…

Iba a besarlo otra vez y la puerta se abrió de golpe y Maude retrocedió de un salto.

—Marshal —dijo al ver a Tom Arllis—, ¿cómo se atreve a entrar así en la habitación de una dama?

—Perdone, señorita Roland, pero es que ha ocurrido algo que quizá usted no sepa. Ricky Norton asesinó al juez Butler.

—Marshal, eso no es posible…

—Sí, señorita Roland, así fue.

—Pobre juez. Era la mejor persona del mundo. Yo le apreciaba mucho. Él fue quien me encontró en Kansas City. Marshal, Ricky Norton debe estar loco para haber asesinado al juez. Espero que le dé usted su merecido.

—Lo atrapé.

—Enhorabuena.

—Pero escapó.

—¿Cómo?

—Sí, señorita Roland, ese amigo de Norton, Leo Talking, lo sacó de la cárcel aprovechando que allí solo se encontraba mi ayudante.

El rostro de Maude se tornó pálido.

—¿Hacia dónde fueron?

—Probablemente, hacia México.

—Marshal, quiero que se haga justicia.

—Trataremos de hacerla, señorita Roland.

—Pondré precio a la cabeza de Ricky Norton y a la de su cómplice. Marshal, quiero que pregone a los cuatro vientos que daré una recompensa de quinientos dólares a la persona que capture muerto o vivo a Ricky Norton, y doscientos cincuenta dólares por Leo Talking.

—Es usted muy generosa, señorita Roland.

—Sólo cumplo un deber para con mi buen amigo el juez Charles Butler… A propósito, marshall, supongo que habrá detenido a Virginia Woods.

—No, no la he detenido.

—Entiendo. Huyó con ellos.

—No, no huyó. Está en el hotel Juno. No he podido detenerla por la sencilla razón de que ella no intervino en la fuga. Pregunté al encargado y me dijo que los fugitivos no entraron allí. También hablé con la muchacha y llegué a la conclusión de que no sabía nada… Ahora me tengo que marchar para organizar la captura y quería pedirle prestados algunos hombres.

—Llévese los que quiera.

—Ya suponía su respuesta y me tomé la libertad de decirle al capataz que me eligiese a los mejores.

—Hizo usted muy bien, marshall.

—Gracias, señorita Roland, no esperaba menos de usted.

—Espero que tenga una buena caza.

—Pondremos todo nuestro empeño, señorita Roland. Hasta luego.

El marshall salió de la habitación y Maude dijo:

—Ha estado a punto de sorprendernos, Clive.

—¿Y qué tiene de particular eso? ¿Es que un vaquero recién llegado no puede enamorarse de su patrona recién llegada también? Tienes muchos encantos, nena, y es natural que un hombre se sienta

atraído por ti.

Ella le echó los brazos al cuello y acercó su boca a la de él.

—Clive, nunca pude imaginar que las cosas se arreglarían tan estupendamente. Y eso se lo debemos a Ricky Norton.

—Pues aquí me tienen para pagarme la factura —dijo una voz.

Maude no se apartó de Clive porque había quedado impresionada. Allí estaba Ricky Norton, junto a la ventana por la que había entrado.

Pero no tenía el revólver en la mano.

La joven sonrió forzadamente.

—Hola, Ricky. El marshall me dijo que estabas camino de México.

—No se me ha perdido nada en México.

—Como eres un fugitivo, pensé que allí estarías más seguro.

Clive movió la mano hacia el revólver, pero Ricky desenfundó un siglo antes.

—Anda, Clive, termina de sacarlo.

Foster no había terminado todavía de tirar del revólver y lo dejó en la funda.

—No vale la pena —dijo.

Le llegó el turno de sonreír a Ricky.

—Formáis una buena pareja.

Maude se apartó unos pasos de Clive y dijo ahuecándose el cabello:

—Le gusté a Clive y Clive me gustó a mí. ¿Tiene eso algo de particular?

—Oh, no, no tiene nada de particular. Los dos sois fuertes, jóvenes y con una buena dentadura.

—¡No me compares con una yegua!

—Tienes puntería, Clive.

—No sé por qué dices eso. No me has visto disparar.

—Sí te vi.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas, cuando liquidaste al juez Butler.

—¿Que yo liquidé…? —Clive se interrumpió y se echó a reír—. No, Ricky, no me podrás endosar el muerto. Hace unos minutos estuvo aquí el marshall. Te están persiguiendo. Nos contó que tú habías matado al juez. Te encerraron en la cárcel, pero escapaste

gracias a tu amigo. Si viniste aquí a buscar a un bobo que ocupe tu lugar en la horca, perdiste el tiempo…

—Ahora lo he comprendido. Los dos estabais de acuerdo. He oído tu última frase, querida. Tú y Clive os conocíais de antes. Puedo imaginarme lo demás. Engañasteis al juez, que resultó un tonto. Charles Butler te eligió para ocupar el lugar de la auténtica Virginia Roland, y lo cegaste tanto con tu hermosura que no pensó en la posibilidad de que existiese otro hombre en tu vida. Pero aquí tenemos a ese hombre y, naturalmente, Clive aprovechó bien su ocasión para liquidar a su rival, al juez Charles Butler.

Hubo un silencio y Maude dijo:

—Es cierto, Ricky. Clive lo mató.

—¡Maldita! —gritó Foster.

Tiró del revólver y saltó hacia Maude para servirse de ella como escudo.

Ricky estaba atento e hizo fuego antes de que se pudiese esconder tras la joven.

Clive se tambaleó al recibir el impacto en el estómago y perdió el revólver. Agrandó los ojos y miró asustado a Maude.

—Nena, me voy a morir…

Luego se derrumbó.

Ricky dio unos pasos hacia el vaquero.

—Clive, es cierto. Tienes un boquete por el que se te va a escapar la vida, y la culpable fue ella porque te vendió.

—No vivirá para gozar del rancho… Tú tenías razón, Ricky…

—¡Cállate, Clive! —dijo Maude.

—No quiero callarme…

Se abrió la puerta y entró Arllis seguido de su ayudante Richard Francis.

—Marshal, llega a tiempo —dijo Ricky—. Escuche a este moribundo.

Clive movió otra vez los labios.

—Ella no es Virginia Roland… El juez pagó mil dólares al doctor Harlow para que certificase que Maude Lake era la hija de Greta Miljan… Yo maté al juez Charles Butler…

Maude tenía los puños cerrados contra los muslos.

—¡Traidor! ¡Gusano! ¡Miserable!…

Clive Foster expiró, y el marshall dijo con voz ronca:

—Señorita Lake, es mi deber detenerla.

—Marshal, usted no creerá lo que decía este hombre.

—Tengo que admitirlo. Se confesó autor de la muerte del juez y la conocía a usted… Son demasiadas cosas, señorita Lake.

—Legalmente, soy la auténtica dueña de este rancho. Recuérdelo, marshall. Fue el juez quien me dio posesión de mi herencia.

—Eso tendrá que ventilarse en un juicio. Acompáñeme, señorita Lake.

Ricky dijo:

—Disculpe, marshall, pero yo me adelantaré para darle la noticia a Virginia.

—¿Y su amigo Leo?

—Preferí que no me acompañase. Éste era trabajo para un solo hombre.

Ricky Norton salió de la casa y poco después se unía a su amigo Leo Talking, que le esperaba junto a un árbol, lejos del rancho.

—¿Ya podemos marcharnos a México, Ricky?

—Todo salió bien.

—¿Cuándo vas a dejar de contar historias?

—Escucha ésta, porque es la más fabulosa de todas.

Ricky le hizo un relato de lo que había pasado en el rancho.

Leo se restregó los ojos.

—¿Estoy durmiendo, Ricky?

—Estás despierto.

—¿De verdad que pasó todo eso?

—Anda, vamos en busca de Virginia. Muy pronto podrá tomar posesión de su rancho y cada cual tendrá su parte.

Llegados al hotel Juno, el encargado del registro les gritó al verles entrar:

—¡Eh, los está buscando el marshall!

—Ya no nos busca, amigo —dijo Leo.

Subieron a la habitación número siete y Ricky llamó en la puerta.

Les abrió enseguida Virginia.

—¡Ricky! ¡Leo!… Dios mío, ¿qué hacéis aquí? Deberíais estar en la Patagonia.

Los dos amigos entraron sonriendo con suficiencia y Ricky dijo:

—Era más importante para nosotros resolver los problemas de cierta heredera.

—¿Qué intentas decirme?

—Que muy pronto serás la dueña del rancho Roland, y que, naturalmente, Leo y yo seremos tus socios.

—Ricky, ¿es cierto eso?

—Absolutamente.

Ella se echó en brazos de Norton y le besó en la boca.

Leo carraspeó fuerte.

—Eh, ¿no hay un premio para mí también?

—Claro que sí —dijo Virginia, y también besó a Leo, pero en la mejilla.

—Eh, ese beso no me gusta —dijo Talking—. ¿Por qué infiernos le has de besar a él en los labios y a mí no?

—No me di cuenta, y deja de refunfuñar… Anda, Ricky, cuéntamelo todo.

* * *

El marshall y su ayudante Richard Francis conducían a la detenida a la ciudad.

Maude había decidido viajar en un tílburi y Arllis se sentaba a su lado, mientras Francis cabalgaba delante.

—¿Qué va a pasar conmigo, marshall?

—No mató a nadie. De modo que la condena será pequeña.

—¿Como cuánto de pequeña?

—Sólo se la juzgará por estafa y por usurpación de personalidad. Quizá haya un par de cargos más.

—¿Cuántos años me encerrarán?

—Con tres o cuatro años tendrá bastante, Maude.

Maude sintió hervir su sangre en las venas. Había oído hablar de la cárcel a algunas mujeres. Una joven que entrase allí con belleza y hermosura, en dos o tres años salía convertida en una arpía. No, ella no iba a consentir eso. Siempre había estado orgullosa de su cuerpo y de su rostro.

Tiró del revólver del marshall.

—Eh, ¿qué va a hacer?

—Aumentar mi pena, marshall —dijo Maude, y apretó el gatillo.

Arllis puso una cara de asombro cuando recibió el plomo en el

vientre.

Rodó del pescante, y al caer en el suelo, una rueda le pasó por encima.

El ayudante Francis se estaba revolviendo.

Maude no vaciló en disparar dos veces más. No desperdició una sola bala. Al primer impacto, Francis se agarró a la silla, pero no pudo con el segundo y voló por el aire, estrellándose contra una roca. Luego, y como un muñeco de trapo, se desmadejó y quedó inmóvil, muerto.

Maude se echó a reír.

—Pareja de estúpidos. Todavía no ha nacido la persona que pueda encerrar a Maude Lake. Yo seré la única dueña del rancho Roland…

Movió las bridas y el caballo trazó un círculo y siguió el camino del Sur, el que conducía a las montañas.

* * *

Paul Evans estaba haciendo el reparto del producto de su último asalto, mil quinientos dólares, al Banco de San Benito. Había perdido a dos hombres en el transcurso del golpe, pero ellos habían matado a un vigilante y herido al marshall local.

Paul siempre se reservaba la mitad del botín y el resto lo distribuía entre sus hombres, que ahora se habían convertido en ocho.

Su hombre de confianza era Bert Judge.

—Bert, no me gustó nada la forma en que actuaste esta vez.

—¿Qué hubo de malo?

—Fuiste el causante de que matasen a Johnny y a Samuel… Tú disparaste contra el marshall…

—No tuve más remedio que hacerlo. Le vi aparecer por una esquina.

—¿Cómo sabías que se dirigía al Banco?

—No se lo pude preguntar.

—Debiste dejar que siguiese su camino y quizá habría pasado de largo. Las cortinillas estaban echadas y él no podía saber lo que ocurría dentro, aunque hubiese pasado por allí. Tuviste que pegarle aquel tiro, y eso nos llenó de sorpresa y dio ocasión al vigilante para que sacase el «Colt» y, antes de que yo pudiese llenarlo de

balas, se cargó a Johnny y a Sam.

—Lo siento, Paul.

—Eso no basta.

Paul desenfundó el revólver y Bert Judge miró incrédulo a su jefe.

—Eh, Paul, ¿qué vas a hacer?

—Ya sabes de qué forma hago yo justicia.

—No puedes matarme.

—¿No? ¿Y por qué?

—Te he ayudado mucho.

—Ya no necesito tu ayuda —dijo Paul, y apretó el gatillo.

La bala le entró a Bert entre los dos ojos y lo mató al instante. Cayó como un fardo, y Paul Evans dijo:

—Enterradlo y que alguien le compre unas flores.

En ese momento entró una mexicana que atendía por el nombre de Carmen.

—Paul, tienes una visita… Es una mujer… Se llama Maude.

—¿Te refieres a Maude Lake?

—Sí, ése fue el nombre que dijo.

—Por todos los infiernos, ¿qué hace Maude aquí?… Dile que pase.

Maude entró en el momento en que dos hombres retiraban el cadáver de Bert Judge.

—Paul, sigues siendo el mismo. Tus asuntos acaban a tiros.

—¡Mi preciosa Maude! —dijo Paul, yendo hacia ella.

La tomó en sus brazos y la besó en la boca.

—Maude, estás más bonita que nunca.

—Debo de estar horrorosa después de haber viajado desde ayer.

—¿De dónde vienes?

—De Grassy Lake.

—Entiendo. Estabas allí con tu compañía… ¿Qué te pasó para abandonarla?

—No estaba allí con mi compañía teatral. Ya dejé eso… Es una historia demasiado larga, Paul, y preferiría comer antes. Menos mal que encontré un manantial en el camino o me habría muerto de sed.

Estaban en una cantina.

—Está bien, Maude. Comerás enseguida.

Paul Evans ordenó que preparasen unos platos para la joven.

Maude no esperó a terminar su comida para contar la historia. Fue haciendo su relato poco a poco.

Terminó de hablar y Paul Evans se echó a reír.

—Maude, todo eso que me cuentas es algo verdaderamente asombroso. Tuviste un rancho en tus manos, nada menos que el rancho de Roland, y se te escapó de los dedos como si fuese mercurio.

—No, Paul, ahí es donde te equivocas. Todavía soy la heredera legalmente. ¿Es que no te das cuenta de que todo sigue estando a mi favor?

—¿Todo?

—Claro. Al matar al marshall y a su ayudante, he destruido las pruebas que existían contra mí, puesto que el juez y Clive también murieron. ¿Y sabes quién los mató a todos? El mismísimo Ricky Norton.

Paul se quedó unos instantes con la boca abierta, y al fin estalló en una estruendosa carcajada.

—Eres genial, Maude…

—¿Le encuentras alguna pega a mi historia?

—Ninguna.

—¿No soy una pobre mujer a la que esos aventureros, la auténtica Virginia Roland, Ricky Norton y Leo Talking intentan arrebatar el rancho que le pertenece?

—Esos canallas quieren robarte, puesto que el juez te nombró única heredera del rancho Roland, por ser la hija del bueno de James…

—Pero ahora no existen representantes de la ley en Grassy Lake y esos miserables me han obligado a huir o me habrían quitado la vida. ¿Te das cuenta, Paul? Ellos son unos desalmados. Pero tú y tus hombres me acompañaréis a Grassy Lake. Impondremos la justicia y castigaremos a los culpables…

—Los llenaremos de plomo.

—No, Paul. Los ahorcaremos, porque tú serás la ley.

—¿Yo?

—Sí, tú vas a ser el nuevo marshall de Grassy Lake. ¿Quién es la propietaria del mayor rancho? Yo, Virginia Roland… ¿Quién es la víctima en este caso, la mujer cuyos derechos quieren ser violados? Yo, Virginia Roland. Por tanto, yo seré quien te nombre marshall, y

ese nombramiento será sancionado por los ciudadanos porque me apoyarán.

—Eres el mismísimo demonio, Maude.

—Es el mejor halago, saliendo de tus labios.

Paul pasó una mano por la cintura de Maude y la atrajo hacia sí.

—Nena, siempre me gustaste. Lástima que tuviese que salir de estampida de Silver City… Si me hubiese quedado cinco minutos más contigo en tu habitación del hotel, el *sheriff* me habría llenado de plomo…

—Pero ahora no hay ninguna autoridad que te obligue a salir de mi habitación, ¿verdad, amor?

—No, nena, ninguna.

Maude y Paul se dirigieron hacia la escalera que conducía a las habitaciones del piso alto.

CAPÍTULO XI

El alcalde Alex Closser estaba en su aserradero cuando vio entrar a la mujer que había conocido como Virginia Roland, Maude, pero la joven no estaba sola. La acompañaban Paul Evans y otro hombre.

El alcalde había oído hablar de Paul Evans, un salvaje pistolero, un tipo que había cometido muchos crímenes y asaltos.

—Buenos días, señor Closser —dijo Maude—. Le presentó a Paul Evans.

El alcalde se puso a temblar como un flan.

—¿Qué tal, señor Evans?

Paul no le contestó. Sabía el efecto que producía en ciertas personas y le divertía mucho.

—Señor Closser —dijo Maude—, he sido víctima de una criminal confabulación. Ricky Norton, Leo Talking y esa mujer que se quiere hacer pasar por mí han llenado la comarca de sangre. Asesinaron al juez Butler, a un vaquero de mi rancho, llamado Clive Poster, al marshall y a su ayudante…

—Todos estamos muy impresionados por lo que ha pasado, señorita Lake —tartamudeó el alcalde de Grassy Lake.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Me dijeron que usted se llamaba Maude Lake.

—Ése era mi nombre de antes, hasta que se demostró que yo era Virginia Roland, la heredera del rancho. Usted asistió al acto en el que el juez me dio posesión de mi herencia y firmó como testigo.

—Sí, eso es verdad, pero ahora estoy hecho un verdadero lío…

Paul Evans sacó el revólver.

—Alcalde, ¿de qué parte está usted?

Alex Closser vio el «Colt» y tuvo la impresión de que le faltaba el aire para respirar. Boqueó un par de veces y dijo:

—Estoy de parte de la justicia. Quiero decir que estoy de parte de la señorita Lake, digo, de la señorita Roland.

—Alcalde, usted es la máxima autoridad en Grassy Lake.

—Sí, señor Evans.

—La ley ha sido quebrantada y no hay ninguna autoridad para que se ocupe de castigar a los culpables.

—Vamos a elegir un nuevo marshall.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—No es necesario que esperemos tanto, alcalde. Los culpables del delito deben ser castigados cuanto antes y por eso usted va a tomar ahora una decisión que le convertirá en el héroe de Grassy Lake.

—No sé a qué se refiere, señor Evans.

—Me va a nombrar marshall.

—¿Cómo?

—Ha oído bien, alcalde. Yo seré el nuevo marshall de Grassy Lake.

—Pero hace falta una elección para eso.

—Usted tiene autoridad para nombrarme en una situación de emergencia y es lo que está ocurriendo ahora. El juez, el marshall y su ayudante fueron asesinados por ese individuo, el Fantástico Ricky… Yo soy la persona adecuada para ajustarle las cuentas, ya que él posee una endiablada habilidad con el revólver. Para ello, alcalde, levantaré la mano y usted me tomará juramento.

—¿No le parece que es un poco precipitado?

Evans, por toda respuesta, levantó el «Colt» y el alcalde gritó:

—¡No, señor Evans, no creo que sea precipitado!… ¡Usted tiene razón!…

—Entonces, juro hacer respetar la ley en Grassy Lake y su jurisdicción… Y soy nombrado marshall.

Paul Evans metió la mano en el bolsillo, sacó una estrella de latón y se la puso en la camisa.

—Alcalde, es usted un modelo de ciudadano… Ah, de acuerdo con la ley, yo nombraré a mi ayudante. —Se dirigió a su compañero—: Jess… levanta la mano. ¿Juras ser un buen ayudante y meterle una bala en la barriga al tipo que nos la juegue?

—¿Qué pasa si le meto la bala en otro sitio, jefe?

—Aceptado.

—Entonces, juro —rió Jess.

—Yo te nombro ayudante del marshall de Grassy Lake y te ordeno que me obedezcas hasta que la muerte nos separe…

El alcalde estaba asombrado presenciando aquella pantomima.

—Alcalde, continúe aserrando, y mi ayudante y yo nos ocuparemos de lo demás.

Maude salió con sus dos amigos del aserradero y rió, diciendo:

—Paul, ya eres la ley. Demuestra ahora que nadie la puede burlar.

El nuevo marshall y su ayudante prorrumpieron también en grandes risotadas.

* * *

—Por fin la paz —dijo Leo Talking—. Qué maravillosa palabra, la paz…

Estaban en una colina, cerca del rancho.

Ricky Norton había logrado convencer al sustituto del juez Charles Butler, Louis Kirland, para que dictase un mandamiento de posesión reivindicatoria del rancho de Roland, a favor de Virginia Roland, conocida antes con el nombre de Virginia Woods. Tal mandamiento sólo tenía una validez de sesenta días y debía ser ratificado por el juez del condado, que residía en Los Abedules.

Virginia respiró el aire embalsamado con el aroma de las flores del campo.

—¿No es maravilloso, Ricky?

Los tres se habían detenido en aquella colina y estaban contemplando la casa, los cobertizos, los corrales…

Ricky contestó a sus dos socios:

—La paz es muy buena y esto es maravilloso… Pero ya estoy deseando llegar a la casa y comer un bocado como es debido.

Virginia le miró de reojo.

—¿Sólo se te ocurre pensar en comer?

—Estoy viendo un montón de reses.

—No eres nada romántico…

Descendieron por la colina y se acercaron a la casa y demás pertenencias del rancho.

Los vaqueros se movían de un lado a otro, pero empezaron a

prestar atención poco a poco a sus visitantes. Un hombre se adelantó.

—Soy Jack Ratoff el capataz de Roland —dijo.

—Tanto gusto, Jack. Yo soy la nueva dueña. Imagino que estás al corriente de lo que ha sucedido hasta ahora.

—Sí, ya sé que había dos Virginias. Nos preguntábamos cuál de ellas ganaría.

—No se trataba de eso, Jack, sino de que al fin tomase posesión del rancho la verdadera hija de Greta Mujan y James Roland. Y ésa soy yo.

Los vaqueros se habían ido acercando y estaban escuchando la conversación.

—Bien venida, señorita Roland —terminó por decir el capataz—. Yo no entiendo de cuestiones judiciales. Sólo soy un hombre al que le gusta su trabajo, pero ya veo que trae dos amigos. Imagino que me despedirá. No se preocupe. Para que pueda disponer del cargo, le presento la dimisión.

Ricky intervino:

—Pareces honrado, Jack.

—No lo parezco. Lo soy.

—Entonces continuarás en el cargo.

—¿Quién es usted para decidirlo?

—El socio de la señorita Roland. Tengo derecho a una mitad del rancho, aunque yo cederé la mitad de mi mitad a mi amigo Leo Talking.

Talking rió, diciendo:

—Y esta vez no es la mitad de nada.

Jack Ratoff sacudió la cabeza.

—Está bien, si ustedes quieren que siga siendo capataz, acepto.

La joven y sus dos acompañantes bajaron de los caballos.

Entonces, un tipo grandullón de cabeza poderosa y manos grandes se llegó ante Virginia y dijo:

—Nena, a mí también me gustaría asociarme contigo. ¿A qué hora te visito?

—¿Cómo te llamas, gorila? —preguntó ella.

Los vaqueros rieron ante el espectáculo.

El grandullón se tiró de los pantalones hacia arriba y dijo:

—Soy David Botth, pero también me llaman Puños de Hierro,

preciosa. Y si quieres probar la fuerza de mis brazos no tienes más que darme una cita.

—Tengo otro apodo para ti, David.

—¿Cuál?

—La Bestia.

Los vaqueros rieron divertidos, pero David Botth se había quedado muy serio.

—Nena, me llamarás otras cosas.

Ricky intervino:

—Eh, tú, David, yo te voy a dar el tratamiento que te corresponde. Eres un retrasado mental. ¿No sabes que no se puede hablar así a la mujer que es tu patrona?

—Usted se calla, vivales. Ya me advirtieron contra usted.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te advirtió?

—Clive Foster.

—¿Y qué te dijo el bueno de Foster?

—Que otra mujer quería adueñarse del rancho y que dos fulanos que se creían muy listos iban con ella. Y ahora resulta que aquí están los tres…

Un hombre de cabello muy rubio y cejas blancas se adelantó y dijo:

—Yo estoy con David, y no me gustan tantos patrones. La chica me agrada y me gustaría que se quedase, pero ustedes dos no pintan nada. Son dos aprovechados. Al fin y al cabo, el señor Roland, cuando murió, no dijo que dejase el rancho a tres hijos suyos. Sólo habló de una hija. De modo que, si ahora aparecen tres herederos, me tiene que oler a chamusquina.

—¿Cómo te llamas, rubio? —inquirió Ricky.

—Norman Williams.

—¿Hay alguno más que esté con David y con Williams?

Un tipo de talla mediana, piernas estevadas y nariz muy chata dio unos pasos y se colocó entre David y Norman Williams.

—Aquí tiene al tercer hombre.

—Dime tu nombre, hijo.

—Soy Fred Nagel, papaíto.

—¿Y cuáles son tus ambiciones, pequeñajo?

—De momento, que usted y el otro caradura se larguen, pero ella se queda.

—También te gusta, ¿eh?

—Es bastante linda y da gusto ser mandado por una mujer así.

—Pues vas a ser mandado por dos hombres.

Fred miró a una parte y a otra.

—Yo no veo a ningún hombre.

Las palabras del pequeñajo fueron celebradas con risas por los vaqueros, que se mantenían al margen del incidente.

Ricky habló por la comisura de la boca a Leo Talking:

—Leo, ¿qué decías acerca de la paz?

Talking contestó con un gemido:

—Nunca puede haber paz cuando reina la discordia en la propia casa de uno.

—Hermosas palabras, Leo. ¿De dónde las sacaste?

—Del libro que me regaló mi abuelita. Su título era: Cómo ser un buen nietecito.

—Oh, sí, ahora recuerdo que un día me lo dejaste. Me llamó la atención un capítulo en el que se decía: «Si quieres librarte de tres bastardos, empieza por romperles la cara».

Naturalmente, David, Williams y Fred se dieron por aludidos.

—Anden, tipos guapos —dijo el gorila llamado David—. Empiecen a pegarnos.

Ricky dio un suspiro.

—Leo, vamos a ganarnos la comida.

—Y la cama —dijo Talking.

No hizo falta que iniciasen la pelea porque el fuerte David y los otros dos se arrojaron sobre ellos.

Los dos amigos burlaron los golpes o los bloquearon con habilidad.

Sus enemigos eran fuertes, hombres de una salud envidiable, porque estaban hechos para el rudo trabajo del rancho.

David se había reservado a Ricky y los otros dos atacaron a Leo. Éste se quitó enseguida a un enemigo de encima por el procedimiento nada ortodoxo de soltarle un puntapié en el bajo vientre. La víctima resultó ser Fred Nagel, que rodó por el suelo pegando largos y escalofriantes aullidos.

Así la pelea se igualó, ya que ahora combatían uno contra uno.

Ricky pegó en el plexo solar de David, deteniéndolo, y luego le colocó un formidable izquierdazo en la mandíbula.

El grandullón salió disparado y golpeó contra una valla, la cual derrumbó como si hubiese sido construida con mondadientes.

—Eh, David —dijo Norton—. Puedes coger martillo y maderos y arreglar esa valla. Es mi primera orden.

El gorila ya estaba en pie y exclamó, tras soltar un espantoso juramento:

—¡Es a ti a quien te voy a clavar en el suelo, y sólo voy a necesitar mis puños!…

—¿Por qué no has de ser más comprensivo, mono grande?

David echó a correr hacia Ricky, pero éste se apartó en el momento justo, y el gorila pasó de largo cayendo en tierra.

Los vaqueros le estaban pasando en grande.

Y también lo pasaba en grande Leo Talking, quien había iniciado una ofensiva contra su rival Norman Williams. Le colocó un golpe de derecha en el estómago, otro de izquierda en el hígado, y cuando la cara del tipo estaba pasando por muchos colores, recibió el castañazo definitivo en el maxilar inferior.

Williams viajó por el aire y acabó en el suelo, fuera de combate.

David ya estaba otra vez listo para desencuadernar a Ricky, porque era el de más aguante de los tres rebeldes.

—Norton, cuando termine contigo te van a llamar el «Desgraciado Ricky».

—Prefiero el apodo con que me han venido llamando hasta ahora.

—No podrás elegir, muchacho. Te lo aseguro yo.

—Pues adelante.

David atacó de nuevo.

Leo Talking dijo:

—Eh, Ricky, parece que estás flojo.

—¿Tú crees?

—Yo terminé con mis dos enemigos.

—Es que éste vale por cinco.

—¿Me das otro tercio de la mitad por ayudarte?

—¡Hazle la propuesta al diablo! —dijo Norton, mientras burlaba les dos puños de David Botth.

También él se había cansado de la pelea. Hasta ahora no había llevado la ofensiva. Se había limitado a defenderse, pero ya tenía bastante entrenamiento. Dejó que David golpease una vez más en el

vacío y le replicó con dos puñetazos seguidos entre los ojos.

El grandullón retrocedió un poco aturdido y ya no tuvo tiempo para reponerse, porque Ricky le siguió castigando entre las cejas. Y finalmente, cuando llegaron junto a la valla que David había derribado, Ricky le remató con un siniestro gancho.

David tropezó con los maderos y dio dos vueltas de campana antes de quedar en el suelo conmocionado.

CAPÍTULO XII

Ricky se volvió hacia los vaqueros y dejó oír su voz:

—¿Hay alguno más que esté dispuesto a llamarnos caraduras a Leo Talking y a mí? ¿Alguien que piense que somos un par de aprovechados? ¿Alguien que no esté dispuesto a obedecer mis órdenes?

Nadie respiró y Norton dijo:

—No creáis que soy un déspota o un tirano. Todo lo contrario. Soy un hombre comprensivo. Sólo voy a exigiros una cosa. Trabajo y fidelidad. Siempre recibiréis la paga contratada más algo especial, un porcentaje sobre los beneficios que se consigan en el rancho. Ya sé que esto no lo hace nadie, pero yo soy partidario de que cada *cowboy* se considere un poco propietario del negocio al que dedica su esfuerzo. Os pondré un ejemplo para que lo comprendáis… El ganado sube y baja en el mercado. Cuando baje no se podrán repartir beneficios porque no los habrá, pero si sube el precio, una mitad de los beneficios será repartida entre vosotros…

Los vaqueros estaban asombrados. Hablaron con el capataz y al fin éste dijo:

—Señor Norton, estamos impresionados por lo que acaba de decir. Nadie hasta ahora nos ofreció una parte de los beneficios.

—Pues ya iba siendo hora de que alguien empezase.

—Estamos con usted, señor Norton, quiero decir con usted y con sus socios…

—Muy bien. Entonces empieza a dar órdenes, capataz. Todos a trabajar.

—Empezaré mi nuevo trabajo despidiendo a los tres que pelearon con ustedes.

—No hace falta.

—¿Que no hace falta, señor Norton?

—Deben decidir ellos. Si se quieren quedar, que se queden. Explícales lo que acabo de deciros.

La decisión de Ricky provocó nuevos murmullos de admiración.

Ricky no se quedó allí para escucharlos, se reunió con Virginia y con Leo Talking y los tres entraron en la casa.

—Les diste una buena lección, Ricky —dijo Virginia—. Y me ha parecido muy justa tu sugerencia de repartir beneficios.

—La mayoría de los rancheros pagan unos sueldos de hambre. Se aprovechan de que hay muchos vaqueros parados y con eso sólo hacen que colocar al hombre a la altura de otra res… Nosotros no vamos a ser como ellos.

Un criado negro les dio la bienvenida.

—Mi nombre es Tom, señores, y estuve escuchando desde aquí todo lo que dijeron. Eso me ha bastado para saber que usted es la verdadera señorita Roland.

—¿Por qué, Tom?

—Porque su padre tenía muy buenos sentimientos. Lástima que estuviese dominado por su mujer toda la vida.

Ricky le palmeo la espalda.

—Eso pasa muy a menudo. Una esposa coge a un marido y lo estruja como si fuese un limón, o lo convierte en un conejo.

Virginia dio un respingo.

—Yo protesto. No todas las esposas son iguales.

—Estaba hablando de las esposas como la señora Roland.

—¿A qué hora quieren que les sirva la comida? —interrumpió el criado el conato de discusión.

—Ahora mismo —dijo Ricky, tocándose el estómago.

Minutos más tarde, los tres socios estaban comiendo atendidos por Tom y por la doncella llamada Ana.

Tras los postres, Ricky Norton y Leo Talking fumaron largos cigarros y bebieron un magnífico *brandy* que el difunto Roland había conservado en su bodega.

Virginia también bebió el *brandy* y repitió dos veces más.

—Eh, chica, que vas a coger una buena… —le dijo Ricky.

Virginia lo miró con ojos ensoñadores y dijo:

—Me siento otra mujer…

—Pues yo voy a echar una cabezada.

—Lo que te dije, Ricky. No eres nada romántico.

—Hasta luego —dijo Norton, y salió del comedor.

Leo Talking, apenas vio desaparecer a su amigo, se acercó al sofá en donde estaba sentada la joven.

—¿Te encuentras bien, Virginia?

—Nunca me he encontrado mejor.

Leo se sentó a su lado.

—Tengo que decirte un secreto, Virginia.

—Me gusta conocer los secretos.

—Te quiero, Virginia…

—¿Eh?

—Estoy loco por ti, Virginia…

—¡Leo, eso es sensacional!

—Sabía que tú también me querrías.

—Oh, no, Leo, no es sensacional por eso, sino porque jamás podía imaginar que tú sintieses por mí tal clase de sentimientos…

—Virginia, casémonos…

—Lo pensaré, Leo.

—¿Cuánto tiempo lo vas a pensar?

—Unos meses.

—Virginia, no puedo esperar tanto.

Talking clavó una rodilla en tierra, tomó la diestra de la joven y se la puso sobre el pecho.

—Virginia, ¿qué es lo que sientes?

—Un golpeteo.

—Es mi corazón que suspira por ti.

—El corazón no suspira, Leo.

—Virginia, soy un romántico y por eso me expreso de esa forma… ¿Sabes lo que tú y yo podríamos reunir?… Eres la dueña de la mitad del rancho y yo tengo la mitad de Ricky… Juntos tendremos dos tercios. ¿Te imaginas lo que será eso?

—Sí, dos tercios de la casa, dos tercios de las reses, dos tercios de los criados…

—Tú y yo seremos los dueños porque Ricky estará en minoría… Dejará de hacerse el gallito… Yo, como esposo tuyo tendré poderes y seré el amo, y Ricky tendrá que obedecer las órdenes que yo dé. ¿Te das cuenta de lo grande que es mi amor?…

—Leo, tu declaración ha sido conmovedora…

—Quiero que me contestes ahora.

—Mañana.

—¿Por qué mañana?

—Porque tengo que consultarlo con la almohada.

Leo se puso en pie y se echó sobre la joven para abrazarla.

Virginia dio un chillido y se escurrió por debajo de Talking, antes de que éste la pudiese estrechar contra sí.

Sin embargo, Leo la seguía sujetando por una mano y fue tras de ella de rodillas.

Al fin, Virginia se detuvo y dijo:

—Leo, déjame. Yo también tengo sueño.

—¿Soñarás conmigo?

—Sí.

—Entonces te dejo.

Leo besó la mano de Virginia, una vez, dos veces, tres…

Al fin, ella logró desasirse, fue hacia la puerta y al llegar allí dijo:

—Gracias por haberme elegido, Leo.

Salió de la habitación y Talking se apresuró a coger la botella de *brandy* y a servirse un nuevo trago. Estaba satisfecho.

Virginia encontró a la doncella negra al pie de la escalera.

—¿Cuál es mi habitación?

—Yo la acompañaré.

—No hace falta, Ana.

—Es la tercera a la derecha.

—¿Y dónde está Ricky?

—Enfrente de la suya.

Virginia le dio las gracias y subió la larga escalera.

Titubeó ante la puerta de Ricky y fue a dirigirse a la suya, pero de nuevo se volvió y, para no titubear más, llamó con el puño.

—¿Quién es? —Oyó la voz de Norton.

—Virginia.

—¿Qué quieres, Virginia?

—Decirte algo importante.

—¿No puedes dejarlo para mañana?

—¡Ha de ser ahora! ¡Es urgente!

—Está bien. Ahora mismo te abro. Déjame que me ponga los pantalones.

Pasaron un par de minutos, y al fin se abrió la puerta. Ricky estaba a torso desnudo porque sólo se cubría con los pantalones.

—Bien, ya puedes hablar, Virginia.

—Leo se me acaba de declarar.

—¿Ah, sí?

—Me ha pedido que sea su esposa.

—Vaya —dijo Ricky, y bostezó.

—¿Sólo tienes que decir eso?

—Bueno, esperaba que Leo lo hiciese.

—¿Que tú lo esperabas?…

—Al fin y al cabo, pasó el peligro y ya eres la dueña del rancho. Leo siempre ha sido un poco ambicioso, pero no es mala persona… Podría ser un buen marido. No tengo duda de eso. Buenas noches.

Fue a cerrar y Virginia pegó un puntapié a la puerta.

Ricky la miró con las cejas enarcadas.

—Eh, ¿qué te pasa ahora?

—¿Es que no tienes sangre en las venas?

—Mis enemigos dicen que sí y que la tengo muy caliente.

—¿Y las mujeres? ¿Qué dicen las mujeres?

Ricky sonrió cubriéndose la boca y dijo con humildad:

—Bueno, ellas dicen las cosas peores.

—¿Qué cosas peores?

—Que soy un huracán, que soy un ciclón…

—Eso no es verdad.

—¿Tú qué sabes?

—Claro que lo sé. Acabas de oír que Leo me ha pedido como esposa, ¿y cómo reaccionas? ¡Bostezando!

—¿Y qué suponías que tenía que hacer?

—Pues yo… Bueno, pensé que te opondrías.

—No vale la pena.

—¿Que no vale la pena?…

—Leo y yo somos buenos amigos… Y yo deseo que sea muy feliz.

—¿Y qué dices de mi felicidad?

—También deseo que seas muy feliz…

—¡Te voy a sacar los ojos, Ricky Norton!

La joven le pegó un zarpazo, pero Ricky saltó a tiempo.

Virginia le tiró la otra zarpa y de nuevo Norton tuvo que andar

listo para librarse de las uñas femeninas, y para evitar que la joven siguiese su juego, la rodeó con sus brazos.

—¿Te vas a estar quieta?

Sin saber cómo, Ricky se encontró besando a Virginia.

Ricky apartó sus labios de los de ella.

—Ricky, tú me quieres…

—Todavía no me lo he preguntado.

—Pues pregúntatelo ya.

—Es que tengo mucho sueño ahora.

—¡Eres un bandido, un…!

Ricky le selló la boca con sus labios y otra vez permanecieron así durante un minuto.

—Ricky —dijo Virginia—, ¿cuándo nos casamos?

—Mañana.

—¿Lo dices en serio?

—Si pudiese ser, lo haríamos ahora mismo.

—Pero tú tenías sueño…

—Al diablo con el sueño —dijo Norton, y la besó otra vez.

—Ricky, tengo que rectificar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que te dije antes… Ellas estaban en lo cierto. Eres un huracán, un ciclón…

—Y tú eres una tempestad, Virginia…

—No está mal la mezcla, ¿verdad, Ricky?

En aquel momento rugió una voz en la puerta.

—¡Traidor!… ¡Miserable!…

Era Leo Talking, que tenía en la mano la botella de *brandy*.

—Eh, Leo, me alegro que estés aquí —dijo Ricky, levantándose —. Quiero que seas el padrino de nuestra boda.

—¿Qué boda?

—Virginia y yo vamos a casarnos…

—¡No puedes hacer eso! ¡Yo se lo dije primero!

Virginia también se puso en pie y se acercó a Talking.

—Leo, perdóname, pero es de él de quien estoy enamorada…

—Elegiste mal, porque te enamoraste de un muerto.

—Eh, Leo, estoy vivo —repuso Norton.

—Lo estarás por poco tiempo, porque voy a acabar contigo de una vez por todas.

—Estás borracho, Leo. Acuéstate y mañana hablaremos de esto.

—Hablaremos ahora mismo…

En aquel momento se oyó mucho ruido fuera del rancho, gritos, voces, jinetes que galopaban.

—Eh, ¿qué pasa ahí fuera? —dijo Ricky.

—No trates de distraerme… —repuso Leo. Dejó la botella en el suelo y levantó los puños—. Anda, ven aquí…

Sin embargo, Norton se dirigió hacia el fondo de la habitación, donde estaba la ventana, y la abrió.

—¡Se están marchando los vaqueros! —exclamó—. ¡Debe ocurrir algo grave!…

—Es una mentira tuya para no pelear conmigo —dijo Leo.

En aquel momento se oyeron pasos por el corredor y apareció el capataz, Jack Ratoff.

—Señorita Roland, ha ocurrido algo muy grave en el pueblo… Un hombre acaba de llegar y ha traído la noticia.

—¿A qué te refieres, Jack?

—A la otra señorita Roland.

—¿Maude Lake?

—Sí. Ha regresado.

—Bueno, no te preocupes. Es una asesina. Si se ha atrevido a volver al pueblo, no tardará mucho en ir a parar a una celda.

—Me temo que no será encerrada en una celda, porque trajo al nuevo marshall…

Virginia quedó muda y fue Ricky el que intervino:

—¿Quién es el nuevo marshall, Jack?

—Paul Evans, un pistolero.

—¿Ese salteador y asesino?… ¿Cómo puede ser ese tipo el nuevo marshall de Grassy Lake?

—El alcalde le tomó juramento. Todavía no le he dicho que Paul Evans se llegó aquí con su pandilla, con hombres que son tan buenos pistoleros como él. Y Paul Evans nombró ayudante suyo al más asesino de todos ellos, a Jess Holliday…

Leo Talking dejó la botella en el suelo.

—Renuncio a tu mano, Virginia. Renuncio a mi parte en el rancho. Renuncio a la pelea, Ricky…

—¿Y por qué renuncias a tantas cosas?

—Porque me largo ahora mismo.

—¿Ya se te pasó la borrachera?

—No, no se me pasó, pero dormiré al cielo raso y en unas horas estaré como nuevo.

—Tienes una buena cama aquí. ¿Por qué has de dormir al cielo raso?

—Porque tengo la impresión de que si me acuesto en esta casa no volveré a levantarme. Hasta la vista, amigos.

Norton lo detuvo.

—No puedes marcharte, Leo.

—¿Por qué no?

—Vas a defender lo que te pertenece. Eres un socio del rancho. Tienes la mitad de mi mitad.

—Volvió a ser la mitad de nada.

—Tenemos un mandamiento de un juez y tomamos posesión del rancho legalmente.

—A pesar del *brandy*, sé lo que dijo el juez Kirland. Sólo se trata de una medida provisional que ha de ser ratificada por el juez del condado, y si ahora el marshall es Paul Evans y está dispuesto a proteger con sus pistoleros a Maude, ese juez del condado jamás ratificará nuestra posición. Y con todo ello quiero decir que Virginia, tú y yo tenemos un papel mojado…

—Pero Paul Evans quiere resolver esto a tiros. He oído hablar de él lo suficiente para saberlo. Y nosotros le vamos a replicar en la misma forma, A balazo limpio.

—Eso es lo que han comprendido los vaqueros. Anda, dile al capataz con cuántos hombres contamos.

Ricky no repitió la pregunta al capataz, pero lo miró para que contestase.

Jack Ratoff se mojó los labios con la lengua y dijo:

—Creo que quedaron cuatro.

Leo sonrió.

—¿Lo ves, Ricky?… Aquí somos tres, y si sumamos cuatro, seremos siete.

—Perdone, señor Norton —dijo Ratoff—, pero de los cuatro que se quedaron, uno está en cama con fiebre. Otro también está en el lecho porque se rompió días pasados una pierna… El tercero es un viejo de setenta años.

—Y el cuarto es un niño de tres meses —dijo Leo—. Y apuesto a

que si se entera de que va a venir aquí Paul Evans, se escapa a gatas.

—Se equivocó, señor Talking —dijo el capataz.

—Cuánto me alegro…

—El cuarto es el pinche de cocina y sólo cuenta con trece años. Llegó aquí pidiendo trabajo. Dijo que era huérfano y yo me apiadé de él. Es un buen chico, y tiene vocación para la cocina…

—Qué gran ejército —dijo Talking, con ironía—. Anda, Ricky, ¿por qué no los reúnes a todos y los arengas? ¿Sabes lo que te digo? ¡Que si estamos aquí dentro de cinco minutos es que tenemos unas ganas locas de irnos al cementerio!…

—Pues empieza a pensar qué clase de flores quieres, porque nos vamos a quedar.

—¡Yo, no!

—Muy bien. Lárgate si quieres.

—Gracias por ser tan comprensivo, Ricky.

—Morirás más pronto.

—¿Eh?

—Paul Evans habrá tomado precauciones para que ninguno de los tres escapemos. Es un tipo sanguinario y ahora tiene una estrella de marshall. Anda, echa a correr, pero recuerda que yo no estaré a tu lado para ayudarte… Hasta la vista, Leo.

—Me quedo —dijo Talking, haciendo una mueca como si fuese a echarse a llorar, pero lo pensó mejor y cogió la botella de *brandy* y bebió un largo trago.

CAPÍTULO XIII

Ricky estaba desayunando en el comedor cuando Virginia entró. Fresca, lozana y sonriente, se dirigió hacia él y lo besó en la boca.

—Te has llenado de mantequilla —dijo Ricky.

—Sí, fue un beso con buen sabor.

Talking entró tambaleándose, sujetándose la cabeza con las manos.

—¿Qué pasó?... ¿Dónde estoy?... ¿Ya acabaste con Paul Evans, Ricky?

—No vino.

—¿Entonces sigue vivo?

—De pies a cabeza.

—Un café... ¡Quiero un café!...

Virginia le sirvió el café y Leo, después de beberlo, se dejó caer en un sillón.

—¿Por qué me dejaste beber tanto, Ricky?

—Te estabas muriendo de miedo y pensé que el alcohol te subiría los ánimos.

—Dame un par de botellas para subirlos otra vez.

—No consentiré que vuelvas a beber una sola gota.

—¿Por qué?

—La razón es bien sencilla. Si Paul Evans no atacó de noche es porque nos la piensa jugar a pleno sol... Está muy seguro de su superioridad y no quiso correr riesgos...

—Se me ocurre una trampa estupenda para dejarlo con un palmo de narices.

—¿Cuál, Leo?

—Los tres nos largamos, y cuando llegue Paul Evans se encontrará con que no hay nadie.

—Y luego lo atacamos por sorpresa.

—No. Luego seguimos cabalgando hasta llegar a Nueva York si tomamos el camino del Este.

—Propuesta rechazada.

—Ya lo suponía —dijo Leo, y él mismo se preparó otra taza de café.

La puerta seguía abierta y por ella entró el capataz, Jack Ratoff.

—¡Ya vienen, señor Norton!…

Leo pegó un salto y la taza se le escapó de las manos y cayó, desparramando el café por la alfombra.

—¿Cuántos son, Jack? —inquirió Ricky.

—Dos.

—¿Dos nada más?

—Viene el marshall y su ayudante. Lo sé porque a los dos les brilla la estrella.

—¡Demonios! —exclamó Leo—. Eso quiere decir que vienen en son de paz. Somos unos tipos suertudos… Todos nos haremos amigos. No hay nada como la amistad…

—Yo les recibiré, Jack. Tú, quédate. Vigilad las ventanas.

Ricky echó a andar, pero Virginia le interrumpió el paso.

—Ricky, te vas a enfrentar con dos pistoleros. Sería mejor que Leo fuese contigo.

—Ellos son ahora dos autoridades, y yo soy una persona que siempre ha respetado a los representantes de la ley.

Besó a la joven con suavidad en los labios y siguió su camino.

Se detuvo en el porche de la casa y vio por la ladera de la colina los dos jinetes que se acercaban. Lió un cigarrillo tranquilamente y lo encendió cuando ya el marshall y su ayudante estaban llegando a la casa.

Los dos hombres de la estrella detuvieron la cabalgadura frente al porche.

Ricky observó a los dos tipos, mientras era observado a su vez por ellos.

El largo silencio fue roto por el hombre de constitución más robusta.

—Soy Paul Evans, éste es mi ayudante Jess Holliday y usted debe ser Ricky Norton…

—Sí, Evans, yo soy la persona que cree.

—Lamento conocerlo, Ricky.

—¿Y por qué, si puede saberse, señor Evans?

—Llámeme marshall.

—Le llamaré señor Evans, o Evans a secas, porque nunca me han gustado las payasadas.

Una venilla se hinchó en la sien de Paul Evans.

Su ayudante, Holliday, movió la mano hacia el revólver, pero también la movió Ricky y Paul Evans dio una orden.

—Quieto, Jess.

Su ayudante dejó colgar otra vez el brazo.

Paul carraspeó fuertemente y dijo:

—Ricky, he venido a detenerlo.

—¿Y cuál es el cargo?

—Asesinato en masa.

—Entiendo. Yo maté al juez, al anterior marshall, a su ayudante…

—Celebro que lo confiese.

—No he hecho ninguna confesión.

—¿Lo has oído tú, Jess? Ha dicho que mató a todas esas personas.

—Sí, jefe. Lo he oído —asintió Holliday—. Y es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad…

—Ricky —dijo Evans—, como representante de la ley, le aseguro desde ahora un juicio justo.

—Con juez, fiscal, un abogado defensor y un jurado…

—Correcto.

—¿Le preocupa mucho la justicia, Evans?

—Quiero hacer honor al cargo que ostento.

—Y, naturalmente, también habrá un verdugo, el tipo que me ponga la soga al cuello.

—Usted ha contraído una deuda con la sociedad y la sociedad se la quiere pagar.

—Con la horca.

—No se ponga tan trágico, Ricky. Eso no es cuestión mía. Yo sólo tengo que meterlo en una celda y asegurarme de que esta vez no escapará…

—Le voy a dar mi respuesta.

—Sólo hay una. Que se entregue.

—No, Paul, no me voy a entregar.

—¿Es ésa su respuesta?

—Falta algo, Evans.

—Dígalo todo. No se quede con las ganas.

—Usted nunca debió venir aquí, Evans.

—¿Al rancho? Era mi obligación, puesto que esta hacienda pertenece a una pobre mujer que ha sido atropellada por ustedes…

—Deje la comedia, Evans. Maude Lake era una impostora y ella asesinó al marshall y a su ayudante… Es la persona que usted debería detener si fuese realmente un marshall, pero tampoco lo es.

—Presté juramento ante el alcalde.

—Usted coaccionó al alcalde para lograr su nombramiento.

—¿Estaba usted allí, Ricky?

—No, no estaba allí, pero no era necesaria mi presencia para sacar conclusiones con respecto a la forma en que consiguió esa estrella.

Holliday intervino:

—Eh, patrón, este hombre le está insultando. Ya hay otro cargo para detenerlo.

—No seas bruto, Jess. No necesitamos más cargos para llevarlo a una celda. Asesinó a muchas autoridades. Prácticamente, dejó limpia de ellas a Grassy Lake.

Ricky levantó la mano izquierda y apuntó con el dedo a los dos jinetes.

—Oigan lo último que les voy a decir… Emprendan el camino de regreso a la ciudad, renuncien a esa estrella y vuelvan a las montañas de donde salieron. Pero antes de marcharse, encierren a Maude en una celda para que se haga cargo de ella la autoridad legítima que deba sustituir al marshall muerto…

—¿Algo más, Ricky?

—No. Eso es todo. Ahora ya terminé…

—Nosotros no acabamos todavía.

—¿Y qué le queda por decir, Evans?

—Que está usted atrapado y no tiene escapatoria, Ricky.

—Cree eso porque son dos contra uno, ¿eh? Muy bien, si quieren liquidarlo a tiros, ya estoy dispuesto.

Evans se echó a reír.

—No, Ricky, no podemos enfrentarnos con usted…

—¿Tienen miedo?

—No, no tenemos miedo, pero usted olvida algo. Una autoridad no acepta desafíos… No, un marshall no puede sacar contra un asesino, simplemente porque él le proponga un duelo.

—Entonces, si no se marcha ahora mismo, me los voy a cargar, aunque no saquen.

—¿Haría eso?

—Está jurado.

Paul Evans chasqueó la lengua.

—Está cavando su sepultura, Ricky. Es una pena. Pensé que al verse perdido me haría una propuesta. Por ejemplo, la de dejarlo marchar.

—¿Lo habría consentido?

—Es posible.

—Eso no está bien. Un marshall nunca debe hacer tratos con un peligroso asesino como supuestamente soy yo…

—Quiere darme lecciones, ¿eh?

—Creo que necesita muchas. Usted es un sanguinario criminal, un tipo cruel, despótico. Tengo buenas referencias, y ahora se dejó caer por Grassy Lake porque Maude lo convenció. Ella le dijo que no había autoridades y que usted podría hacerse dueño fácilmente del pueblo y quizá de la comarca… Hizo un mal negocio al aceptar la oferta de esa mujer sin escrúpulos. Es usted quien está cavando su tumba, y la cavó tan aprisa que ya está listo para ocuparla.

—He conocido a tipos fanfarrones, Ricky, pero nunca oí a nadie las bravuconadas que está soltando usted.

—¡Largo de aquí o me pongo a disparar!

Holliday gritó:

—Patrón, ¿por qué le consiente tanto?

—Por la sencilla razón de que debía dar tiempo a que nuestros hombres se apoderasen de la gente que hay dentro, y es justamente lo que ya ha ocurrido.

Ricky sintió un escalofrío por la espalda.

—No lo creo, Evans.

Pero en aquel momento oyó a Maude Lake que gritaba desde la ventana:

—¡Evans, ya los tenemos a todos!… ¡Son nuestros prisioneros!… ¡Sólo falta Ricky!…

CAPÍTULO XIV

Ricky movió otra vez la mano hacia el revólver y Paul Evans gritó:

—No haga eso, Ricky, o es la chica la que primero muere… Maude, ¿estás viendo a Ricky?

—Sí, lo veo de perfil.

—Si saca cárgate a Virginia.

—Con mucho gusto, aunque yo hubiese querido retorcerle el pescuezo.

Ahora gritó Virginia Woods.

—¡Ricky, defiéndete si puedes!… ¡No me importará que ella me mate!

Evans sonrió a Norton.

—La heroína ya hizo su parlamento, Ricky… ¿Qué dices tú?

Norton estaba lleno de ira. Después de todo, Paul Evans había demostrado ser un tipo inteligente, ¿o era Maude la que armó la trampa? Sí, debía de ser ella, aquel hermoso demonio rubio.

—Me entregaré, Paul.

—Eso está mucho mejor.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que la vida de ella sea respetada.

—Eso lo decidiremos nosotros.

—No. Eso lo decidirás ahora, porque si no me haces esa promesa, te vaciaré la cabeza de sesos.

—Está bien, muchacho… Ella podrá largarse… Tira ahora el revólver al suelo.

Ricky cogió el revólver y lo dejó caer a sus pies.

Holliday bajó del caballo y rió a mandíbula batiente.

—¡Hemos atrapado al Fantástico Ricky, patrón! Esto no me lo va

a creer Lupita cuando se lo cuente.

Paul Evans también descendió de la montura y subió al porche.

—Adentro, Ricky.

Entraron en la sala.

Tres tipos con aspecto de forajidos tenían el revólver en la mano. Con ellos estaba Maude, que también manejaba un «Colt» con el que apuntaba a Virginia Woods.

El capataz, Jack Ratoff, estaba tendido en el suelo, inmóvil.

—¿Lo han matado? —preguntó Ricky.

Uno de los forajidos contestó:

—Sólo está sin conocimiento. Le pegamos en la cabeza porque trató de avisarte.

Leo Talking estaba sentado en un sillón y su cara era la viva estampa del desencanto.

—¡Te lo advertí, Ricky! ¡Te lo advertí! ¡Debimos echar a correr!

Virginia quiso moverse hacia Norton, pero Maude no la dejó.

—Quédate quieta.

—Quiero hablar con Ricky.

—Puedes hablar desde ahí. Además, no debes tener secretos para nosotros. De todas formas, sé lo que ha pasado, querida. Te enamoraste del Fantástico Ricky. Por eso le dijiste antes que se defendiese, que estabas dispuesta a sacrificarte por él. Sólo el amor puede hacerte decir una tontería como ésa.

—¡Asesina!

—Será mejor que te calles, cariño, o romperé tu bonita boca.

Ricky intervino:

—Virginia, he conseguido que te dejen libre.

Maude saltó:

—¿Quién ha dicho eso?

—Paul Evans me lo prometió.

—Paul Evans no te podía prometer nada.

Ricky miró al jefe de la pandilla de forajidos.

—Paul, ¿qué tienes que decir?

—Que no puedo mantener mi promesa.

—¿Por qué no, canalla?

—Maude me contó la historia. Esa chica, tu enamorada, es la verdadera dueña del rancho. No podemos dejarla con vida porque entonces enredaría mucho. Tarde o temprano, se presentaría aquí

con un juez o con una autoridad para exigir lo que le pertenece. Sin embargo, si muere ahora, habrán terminado nuestros quebraderos de cabeza. Debiste comprenderlo, Ricky. Te dije aquello para que te comportases como un buen chico… Te puse el cebo, tú picaste, y ya sabes, la culpa de que el pez pique no la tiene el pescador, sino el propio pez.

Ricky saltó sobre Evans que estaba relajado, soltando su discurso con suficiencia.

Maude hizo fuego, pero la bala no mordió la carne de Norton, sino la de Paul Evans.

Ricky, que estaba ya detrás de Evans, sintió cómo éste se estremecía mientras le sacaba el revólver.

Leo levantó las piernas, las apoyó en el filo de la mesa y se echó hacia atrás. Cayó con la silla y dio una vuelta de campana, pero, al quedar de bruces, ya tenía el revólver en la mano.

Aquella habitación se convirtió en un infierno.

Virginia Woods hizo lo que mejor podía hacer, dadas las circunstancias, arrojarse detrás del sofá y para ello dio un salto escalofriante.

Maude se movió hacia ella para disparar, pero Ricky no le dio oportunidad, porque le mandó una bala.

Jess Holliday recibió un pildorazo en la cabeza y ésta reventó como una fruta pasada.

—Virginia, ¿estás bien? —preguntó Ricky.

—Estupendamente. ¿Puedo asomar ya la cabeza?

—Sí, creo que sí.

Ricky dejó caer a Paul Evans, a quien había sostenido hasta entonces. El jefe de los forajidos estaba muerto, porque la bala de Maude le había partido el corazón.

Ricky se acercó a Maude, la cual todavía vivía.

—Ricky… me estoy muriendo…

—Nunca debiste hacer las cosas a tu manera, Maude. Si te hubiese conformado con tu derrota, habrías pagado con dos o tres años en la cárcel…

—Qué lástima no haberte contratado a ti, Ricky…

—Nunca lo habrías conseguido…

Maude exhaló el último suspiro.

* * *

Virginia y Ricky se casaron dos días más tarde, actuando como padrino su socio, Leo Talking.

El juez del condado fue informado detalladamente de lo ocurrido y firmó un mandamiento definitivo de posesión a favor de la verdadera hija de James Roland, y el doctor Harlow, de Kansas City, pasó un año en la prisión por falsificar un documento.

El matrimonio Norton fue feliz y tuvo una numerosa prole: siete hijos, cinco varones y dos hembras.

Leo Talking continuó con los Norton durante cinco años. Luego pidió su parte en metálico. Esto era debido a que se había enamorado de una joven que residía en Campo Alegre, territorio de Nuevo México. Allí, Talking, compró su propio negocio, un hotel.

Hoy, el rancho de Grassy Lake, continúa siendo dirigido por los descendientes del Fantástico Ricky.

FIN